Ensayos

Julio 1937

13

Montevideo

Ensayos

REDACTOR RESPONSABLE:
EUGENIO PETIT MUÑOZ-GAETAN 1003 (PRADO)
IMPRESIÓN:
TIPOGRAFÍA "ATLANTIDA" - ZABALA 1376

INDICE DEL NUMERO XIII

Págs.

Eugenio Petit Muñoz: Meditaciones sobre música y pensamiento 1

Nydia Lamarque: Itinerario político de Mariano José de Larra 22

José Pedro Massera: Los fines de la Universidad (Primera parte) 44

NOTAS

Rafael J. Fosalba: La política del buen vecino 60

Alejandro C. Arias: Con los esclavos en la noria, por Aldous Huxley . . . 76

Alfonso Llambías de Azevedo: Guardián oscuro, por Juan Cunha Dotti . . 80

Signo por: L. Castellanos Balparda

TEXTO EN PUBLICACION

Fernando Beltramo: La tendencia inmanentista en el pensamiento contemporáneo y otros ensayos.

MEDITACIONES SOBRE MUSICA Y PENSAMIENTO

No se ha dicho todavía, ni acabará nunca de decirse, todo lo que sería necesario en punto a confesiones y meditaciones de los que sienten toda la música como música pura.

Es siempre tiempo de añadir nuevos intentos a lo ya escrito (1). Es siempre oportuno consagrar algo de la propia sinceridad de cada uno, mediante sondeos directos de la intimidad psicológica, en busca de un mayor esclarecimiento, a la tarea de lograr alguna nueva precisión sobre la legitimidad, la verdad y la hondura de esa actitud estética, por todo el bien que puede hacerse para disipar equívocos, para destruir prejuicios corrientes y hasta autorizados por los propios músicos, que originan estados de espíritu peligrosamente propensos a la formación de verdaderas incapacidades o debilitamientos de la posibilidad de gozar de la emoción musical en plenitud y en pureza.

Es sabido, es conocidísimo, sin embargo, que no toda la música ha sido compuesta con el propósito de hacer música pura: desde luego, ni la música dramática, ni la coreográfica, ni la vocal, ni, menos aún, la llamada "música de programa".

(1) Yo mismo lo he hecho anteriormente, en el "Boletín de Teseo", de Octubre de 1924 (segunda Parte de un artículo titulado **Sobre nuestro ambiente musical**). Ese mismo artículo lo recogí luego en mi libro **"El Camino"**, Montevideo, 1932, en el cual la parte aludida más arriba ocupa las páginas 365 a 375. Los diversos trozos de ese estudio, revisados y ampliados en parte, están incluídos entre los elementos de esta nueva elaboración, más vasta y ahondada, que hago aquí del mismo asunto.

En punto a música dramática, la tesis extremista de Gluck, que decía haber "conseguido *reducir* la música a su verdadera función, que es la de secundar a la poesía en la expresión de los sentimientos", fué erigida por Wagner en uno de los soportes fundamentales de la teoría del drama musical. Pero ya antes que Gluck, Caccini, Monteverdi y Rameau, entre otros, habían adoptado actitudes estéticas semejantes, y más de uno de ellos hasta las había teorizado. Caccini había dicho que buscaba atenerse a "aquella manera tan loada de Platón y otros filósofos que afirmaron que en la música lo primero es el lenguaje, luego el ritmo y últimamente el sonido, y no lo contrario: a fin de que ella pueda penetrar en las inteligencias y producir aquellos efectos maravillosos que no se pueden lograr con el contrapunto de las músicas modernas". Y Rameau había postulado: "Es necesario que el canto imite a la palabra, de manera que parezca que se habla en vez de cantar". Gluck llegará a decir: "Antes de empezar a componer procuro olvidar que soy músico". El concepto wagneriano no fué ya, sin duda, el de relación entre música sirviente y drama dominante, sino el de conjunción y mutuo refuerzo, desde la raíz, de las diversas formas del lenguaje estético representadas por cada una de las artes, más el pensamiento filosófico, en la expresión sintética, una y diversa al mismo tiempo, del drama musical. Pero importa destacar de todos modos que Wagner no deseaba para la música una vida emancipada.

En lo relativo a la coreográfica, las vinculaciones de la música con la danza van, desde las formas subordinadas y de mero acompañamiento que revistieron en el "ballet" clásico y baladí, hasta aquellas en que la mentalidad de un Debussy, de un Ravel o de un Strawinsky procura crear un ambiente sonoro que prolongue subjetivamente la magia del colorido escénico y acentúe las cadencias del gesto. Por lo que hace a la vocal, y especialmente al "lied", el arte de los Schubert, los Schumann, los Hugo Wolf y los Duparc, del propio Debussy y los modernos franceses, está en buscar la más íntima fusión de la música con la poesía, de modo tal que en sus obras los más finos matices afectivos y los detalles de argumento y aún de dicción del poema musicado tienen su comentario en la melodía cantada, en los silencios, en los temas del piano, en las modulaciones, en la tonalidad general de la obra. Pero más concreta, es, aún, la finalidad comentarista o descriptiva que persiguen los autores en la música de programa: no propiamente en las vagas evocaciones de la Sinfonía Pastoral, sobre cuyo manuscrito el mismo Beethoven escribió "más expresión de sensación que pintura"; no mucho, tampoco en la Scheherazade de Rimsky-Korsakoff (cuya adaptación coreográfica, tan divulgada, desnaturaliza totalmente el "programa" seguido por el gran artista ruso), que quier a penas sugerir, al referir a tal o cual aventura del viaje de Simbad cada una de las partes de la obra, un ambiente marino, el lujo de las fiestas de Bagdad y el episodio del joven príncipe y la joven princesa: el propósito rigurosamente explicativo, o de traducción musical de acciones, de personajes, de objetos y de pormenores psicológicos, aparece más evidente en composiciones como "L'apprenti sorcier", de Dukas, y los poemas sinfónicos de Ricardo Strauss. Hoy el maquinismo y los problemas sociales han dado nuevo alimento e inesperadas perspectivas a la música de programa. Algunas de las grandes obras de este género, de los últimos años, han basado su expresionismo en tendencias casi onomatopéyicas o imitativas, tales "Pacific 231", de Honegger y "Fundición de acero" de Mossoloff. Toda la llamada música revolucionaria de los autores soviéticos, que se propone tesis, espíritu de clase y quiere ser una forma de acción, cabe, no obstante la trascendencia de sus intentos de audacia renovadora, en el concepto de la música de programa. Y ni siquiera sabemos hasta qué punto, en la génesis de muchas viejas obras que acostumbramos a considerar de música pura, habrán podido intervenir motivos que podrían constituir un esbozo de programa o de finalidad coreográfica. ¿Cuál habrá sido, por ejemplo, la mente de Beethoven en la creación de su cuarteto que llamamos "del convalesciente",

o en el concido por "de la cocinera", marginado de su puño con enigmáticas preguntas y respuestas? La de Bach, la de Rameau, la de Mozart, la de mil autores más, al buscar para muchas de sus obras el nombre de danzas de la época, Chacona, Passacaglia, Sarabanda, Bourré, Minuet, Rigodón, ¿habrá sido siempre tan sólo, como era de uso, la de indicar el ritmo sobre el cual habían sido escritas y el tiempo en que debían ser ejecutadas? La propia música religiosa, cuya construcción polifónica y severa, en la que las ideas musicales, sujetas al rigor de las formas contrapuntísticas, no atienden, para atraerse y combinarse entre sí, más que a las leyes de la lógica musical y carecen, por consiguiente, de la flexibilidad necesaria para traducir detalles psicológicos y hacer verdadera expresión vocal, debe ciertamente ser asimilada, aún cuando ella se vale de la palabra cantada, a la música pura; pero es cierto, igualmente, que en las fuentes de su inspiración está el sentimiento místico, que el autor quiere trasmitir, no sólo en su generalidad abstracta, sino también en los matices más concretos que reviste, ya en cada una de las partes de la misa, ya en motivos litúrgicos independientes que, como el "Alma Redemtoris" el "O Magnum Mysterium", el "Ave, Maris Stella", el "Ave, verum corpus", el "Salve Regina", el "Ibant Magi", el "Veni creator" y muchos análogos, han sido temas frecuentísimos de motetes, ya a través de los episodios sucesivos de la Pasión, como en los famosos oratorios de Bach, de la Creación del Mundo, como en el de Haydn, y de tantos otros de la literatura sagrada. Y a causa de esta variedad infinita de los temas abordados por los compositores en la música religiosa, se inclinaría, quizás, el ánimo a no considerarla como música pura. La duda sirve, cuando menos, para demostrar las dificultades de la clasificación; pero el examen del contenido sustancial de las obras del género no revela la diversidad de sentimientos que debería corresponder a la de los asuntos. Todas las expresiones musicalizadas del sentimiento místico, de los motetes y las misas de Josquín Després, de Roland de Lassus, de Palestrina y de Victoria, a las cantatas de Bach, los oratorios de Händel y aún los de César Franck, podrían reducirse, al cabo, a unas cuantas modalidades fundamentales, que, desde las formas recogidas hasta las exaltadas, oscilarían siempre alrededor del éxtasis sereno, de la pureza angélica, de la ternura piadosa, de la gravedad solemne, o de la glorificación vibrante. En ellas no aparece, en realidad, el detalle concreto que, semejando traducir propiamente determinada particularidad del motivo litúrgico, justificase la clasificación de la música religiosa fuera de los límites de la música pura, en donde he creído deber colocarla.

●

Al lado de toda esa serie de categorías que acaba de inventariarse y en las que se ha podido ver, o siquiera sospechar, un propósito más o menos ajeno al puramente musical colaborando con éste en la mente del artista, está la música creada sin más finalidad que la harto trascendente de su propia belleza. Es a ésta que conviene más rigurosamente el nombre de música pura. Su concepto supone, pues, la existencia de *lo musical,* de un dominio específico y sustantivo de la actividad estética del espíritu, autónomo respecto de los demás modos estéticos (poético, plástico, literario, intelectual, coreográfico), con su tipo de imaginación artística especial: la imaginación acústica; y presupone también, por consiguiente, una doble actitud correlativa: la del creador, que no busca sino trasmitir su emoción musical, y la del auditor, que debe experimentar esa misma emoción musical, y nada más que ella. Tal sería el esquema teórico del concepto de la música pura. Y, en punto a este último aspecto de la correspondencia de la actitud del creador con la del auditor, podrían hacerse análogos esquemas teóricos para cada una de las categorías musicales apuntadas anteriormente, y en todos ellos habría de establecerse la correlación entre la calidad del concepto artístico y la emoción trasmitidos, y la de los recibidos.

●

Sin embargo, la realidad psicológica desmiente la verdad que pudiera atribuirse a esos esquemas teóricos. Me he complacido desde hace tiempo en hacer experiencia sobre el punto, observando temperamentos.

Unos tienden a descifrar toda audición musical en acción, o diálogo, y es porque su tipo de imaginación es más bein literario o poético; gustan éstos, seguramente, conforme a la finalidad fusionista buscada por el autor, de la música dramática o la vocal en su caso, pero se exceden en su afán interpretativo cuando sólo se trata de escuchar música pura. Son de este linaje de público los wagnerianos *stricto sensu*, a quienes repugna en cierto modo la audición de Wagner en un concierto, en donde se desata la síntesis artística del drama musical para extraer de ella, aislándolo, a uno solo de sus elementos, que, para ellos, pierde así su verdadero sentido; son de este linaje, también, aquellos que no gozan cabalmente la belleza de un "lied" si no conocen de antes su texto poético, y que, si les llega el momento de escucharlo sin ese paso previo, siguen nerviosamente en el programa la lectura salvadora; son igualmente de este tipo de imaginación los que, desprovistos de toda musicalidad, creen apreciar la belleza de un trozo cantado porque conocen sus palabras, cuando en realidad es tan solo una emoción literaria lo que experimentan. Otros, y son la mayoría de los que conozco entre los asiduos de los conciertos, tienen la imaginación plástica, y de entre ellos los hay a quienes la audición musical sólo les hace ver colores y luces, como en fantástico calidoscopio, y otros que evocan formas y volúmenes definidos, ambientes y paisajes coloreados. Son todos éstos, acaso, aptos para constituir el auditor deseado por el Debussy de "Poissons d'or", de "Reflets dans l'eau", de "Jardins sous la pluie", de "Et la lune descend sur le temple qui fut"... Pero se exceden, también, cuando creen ver, como Rafael Alberto Arrieta, "naves solemnes, cúpulas, arcadas gigantescas de catedral, en páginas de Bach, de Haydn, de César Franck", y cuando Mozart hace "girar" ante sus ojos "ninfas y pastores de Teócrito en el bajo relieve de una

urna marmórea". Existen, además, los que podrían llamarse temperamentos "coreográficos", cuya imaginación plástica está, sin duda, modificada por el sentido kinestésico; y de estos, unos no hacen sino evocar danzas cuando escuchan música; otros, seducidos por el ejemplo del autor de "L' art et le geste", llegan a decir que las tres más grandes figuras coreográficas de los últimos tiempos fueron Isadora Duncan, Nijinsky y Félix Weingartner, haciendo así del arte, puramente espiritual e interpretativo, del gran director, una forma de danza, habida sola consideración a la indudable y severa elegancia de sus ademanes; y otros sienten agitarse en sus propios músculos el ritmo de las obras que escuchan, y se lanzan a ensayar los movimientos con que procuran satisfacer su incontenible frenesí. Son todos éstos el público específico y más digno de gozar de un espectáculo de bailes rusos, pero también los que más dolorosamente han contribuído a desorientar el gusto musical, profanando la austera pureza de más de una obra de Beethoven o de Bach para utilizarla como pretexto para componer danzas que por ningún modo pueden avenirse con su carácter. Un tipo muy interesante de temperamento, que no he conocido aún por propia observación, pero que me ha sido referido por Vaz Ferreira, es uno que pudiera acaso llamarse "ideológico" o "intelectualizante", que sería difícil relacionar con determinada forma de imaginación, y que cree desentrañar conceptos filosóficos de una audición musical: dice, por ejemplo, escuchando tal trozo de Bach, que percibe lo agnóstico. Y, finalmente, están los temperamentos puramente musicales, o de imaginación acústica, que sienten toda la música como música pura (1). Gustan cabalmente y

(1) Recientemente Turner ("La Música y la vida") ha hecho conocer una clasificación, de que es autor el Dr. Odier, de Ginebra, de los diversos modos de reaccionar los temperamentos frente a la música, que tiene semejanza con ésta, que vengo desarrollando aquí y había publicado ya en mi citado artículo de 1924. Hé aquí cómo la sintetiza: 1o. Los que encuentran placer en oír música a causa de los conocimientos técnicos que poseen. 2o. Aquellos cuyo goce resulta de los pensamientos o ideas que la música les sugiere. 3o. Los que consciente o inconscientemente sustituyen los sonidos por imágenes. 4o. Aquellos cuyo goce resulta de los sentimientos y emociones que la música les inspira o que en ella descubren. 5o. Los que experimentan una emoción sui generis, no comparable con ningún otro fenómeno psicológico; es decir una emocin puramente musical, que no puede ser expresada en otros términos.

en su verdadera medida de las obras compuestas sin más propósito que la belleza musical, y en esto se ajustan al esquema teórico de la correlación entre el creador y el auditor. Pero, al observar la misma actitud frente a las demás categorías de música, dramática, vocal, coreográfica, de programa, ¿no se exceden acaso, desnaturalizando los fines buscados por el artista, no se extravían también ellos, dejando de percibir los valores estéticos, que podríamos llamar secundarios o acompañantes del musical, de color, de movimiento, de acción, de poesía, que se ha querido infundir en la trama sonora de la obra? Teóricamente sí, sin duda: se alejan de los esquemas correspondientes a cada uno de esos géneros. Pero, (sin que haya en la demostración que intentaré propósito de autodefensa, de la que podría sospechárseme por estar yo mismo comprendido en este último tipo de temperamentos), *dadas las limitaciones de nuestra psicología,* guardan, en la realidad, una actitud estética superior. Sería hermoso, sin duda, gozar a un mismo tiempo de la música, de la pintura, de la literatura, de la escultura, de la danza, de la arquitectura, de la filosofía: no otro fué el ideal titánico de Wagner. Pero, en cuanto queréis atender a la vez, apurándolas hasta lo hondo, a tan desemejantes formas de emoción y de pensamiento, en cuanto queréis hacer un esfuerzo simultáneo de imaginación plástica, musical y poética y, todavía, de ideación racional, aplicándolos a cada uno de los trozos escuchados a través del vuelo fugaz de las notas, que se borran de vuestra conciencia tan pronto como han comparecido ante ella, se os escapa la percepción de *lo musical.* No puede sentirse hondamente lo musical, más aún, no puede conocérsele, ni acaso sospechársele siquiera, si no se es llevado por la imaginación acústica, y sólo por ella. Para entrar en lo musical, que es como un reino aparte en los dominios del ánimo, desvinculado del mundo de la materia, de las formas, de los colores, de las ideas lógicas, es fuerza despojarse de toda evocación aparencial, concentrarse, en una especie de recogimiento, de misticismo estético, y atender sólo a la voz

del sonido, que habla entonces un lenguaje inefable, en nada parecido a cosa alguna de la vida. Vivís así momentos de absoluta espiritualidad, no intelectual ni abstracta, sino palpitante de emoción musical. Rige ese mundo de la pura subjetividad una lógica diversa de la racional, la lógica musical, que encadena tan sólo ideas musicales; y alienta en él una tibia dulzura de ensueño, la poesía musical; y los sonidos se proporcionan y valoran entre sí, cobrando calidades que los alejan o aproximan los unos de los otros, a la manera como, ante los ojos, los colores, y forman así el colorido musical. (Ni debe darse a las voces de ideas, de lógica, de poesía y de colorido, cuando se habla de la música, más que este significado puramente musical, y si fuerza es usarlos, ello se debe a deficiencias verbales).

●

Sólo guarda parentesco con lo humano, este reino interior,por la honda raíz afectiva que lo vincula al corazón. Si el lenguaje musical es demasiado vago para traducir lo concreto, el pensamiento racional, las formas, los colores, no lo es en cambio para expresar los estados afectivos, formas más generales y difusas de la actividad espiritual. Todos los sentimientos del hombre viven en la música. (¿Y la sutileza inasible de la sustancia que la forma, no será, acaso, el mismo flúido de que está hecha la emoción humana?).

Lo específico de la emoción musical y lo genérico de toda la emocionalidad humana con su gama completa de posibilidades, de diferencias, de matices, surgen, así, a la audición musical, discriminables y consustanciales a la vez, en un mismo proceso afectivo. Me es grato haber visto confirmada esta experiencia por la autoridad de Bergson, ocho años después de haberla dado a conocer públicamente por escrito (1). Dice así el hondísimo maestro en "Les deux sources de la morale et de la religion" (2). "Es por exce-

(1) En mi antes citado artículo de 1924.

(2) Henri Bergson. "Les deux sources de la morale et de la religion". París. Alcan, 1932. Págs. 36-37.

so de intelectualismo que se suspende el sentimiento a un objeto y que se considera a toda emoción como la repercusión, en la sensibilidad, de una representación intelectual. Para volver al ejemplo de la música, todos saben que ella provoca en nosotros emociones determinadas, alegría, tristeza, piedad, simpatía, y que estas emociones pueden ser intensas, y que son completas para nosotros aun cuando no se vinculen a nada. ¿Se dirá que estamos aquí en el dominio del arte, y no en el de la realidad, que no nos emocionamos entonces sino por juego, que nuestro estado de alma es puramente imaginativo, que, por otra parte, el músico no podría suscitar esta emoción en nosotros, sugerirla sin causarla, si no la hubiésemos experimentado ya en la vida real, cuando estaba determinada por un objeto del cual el arte no había hecho sino separarla? Sería de olvidar que alegría, tristeza, piedad, simpatía, son palabras que expresan generalidades a las cuales es menester referirse, pero que a cada música nueva se adhieren sentimientos nuevos, creados por esta música y en esta música, definidos y delimitados por el dibujo mismo, único en su género, de la melodía o de la sinfonía. No han sido, pues, extraídos de la vida por el arte: somos nosotros que, para traducirlos en palabras, nos vemos obligados a aproximar el sentimiento creado por el artista a aquello que se le parece más en la vida."

Por consiguiente, pues, una misma música suscita, para Bergson, emociones generales y sentimientos nuevos, creados por cada música y en ella misma: aquéllas, lo dice expresamente así, son todas las emociones del hombre, que enumera en sus formas más universales y frecuentes; éstos no pueden ser, en cambio, sino los sentimientos propios de la emoción musical, de una emoción musical específica no sólo en cuanto a que es una manera diferenciada dentro de lo emocional, sino, todavía, por revestir modalidades particulares y diversas para cada trozo de cada obra concreta: en cuanto a crear, por consiguiente, todas esas sustanciales e íntimas maneras de la vida espiritual que definen *lo musical*.

Pero este proceso afectivo no está suspendido, lo dice también expresamente Bergson, a un objeto ni a una representación intelectual. Es, por el contrario, creado por la música misma.

Esta emoción no traduce, pues, pensamiento intelectual alguno y la ideación y la lógica que en ella están entrañadas no son, pues, sino pensamiento musical.

Toda música es, así, una inmanencia. Toda música es, en lo íntimo, en su sustancia esencial y última, música pura: aun la que no lo quiere ser, aun las llamadas música dramática, música vocal, música coreográfica, música de programa...

●

¿Por qué misterio surge de las fuentes de lo subconsciente esa música pura, como en otra dirección surge también de él la poesía pura? ¿Por qué misterio nacen allí el pensamiento musical, la lógica musical, la poesía musical, el colorido musical, todo eso que es, a la vez y en conjunto, emoción musical? ¿Qué secreta comunicación hay entre lo subconsciente y esa misma emoción musical, entre la emoción musical y las emociones generales del hombre?

Y, más todavía: da vergüenza escribir sobre música con las secas palabras de los hombres, con estas palabras hechas para traducir el pensamiento; da vergüenza hablar sobre música intentando explicarla, sugerirla siquiera, cuando se la siente y se la respeta así.

Si alguien hubiese tenido alguna vez el rapto de sinceridad provocado por la exaltación admirativa, de escribir que, para acertar a traducir las bellezas de tal trozo musical no hay otro medio que escucharlo, oirlo expresarse a sí mismo musicalmente y callar, suprimiendo todas las palabras, habría hecho el más hermoso reconocimiento de la sustantividad de lo musical respecto del pensamiento racional, respecto del lenguaje, respecto de las palabras. Habría dicho, de una vez y para siempre, la gran verdad que tántos músicos, que todos los críticos, que todos los demás

hombres, no se han atrevido a proclamar todavía, no se han confesado nunca a sí mismos en su total y pura desnudez. Si Camille Mauclair no hubiese puesto tánta literatura en su "Religión de la Música", y si no hubiese comenzado a decir, al escribir sobre la Sonata para violín y piano de César Franck: "Y al seguir el desarrollo de esas frases que mecen sinuosas, no pienso ya en la música; esto es un lenguaje, el lenguaje metafísico que previó Fitche", si no hubiera agregado también esta incursión en la filosofía además de toda su literatura, habría dejado estampada, allí mismo, la gran verdad, al proseguir poco después diciendo: "Nadie me ha dado hasta este punto la sensación de que la música debe llegar a ser una palabra suprema y distinta, exenta del equívoco y de la mentira de las palabras. Y esta música extraordinaria de César Franck no sugiere nada material, no es pintoresca, ni descriptiva, no sugiere ninguna imagen: es una radiación hiperfísica y el contacto mismo de lo infinito con el alma consternada, que flota, libre al fin. La sublime Sonata desarrolla episodios de pasión, de angustia, de capricho, de pena, de voluptuosidad lírica, de intenso dolor, que alcanza a las cumbres de lo raro en el brillante y siniestro *Recitativo-Fantasía*; y, por fin, acaba en una alegría animada y resignada, cuyo ritmo se compone de todos los pedazos del dolor consentido. Pero, sin embargo, todo esto es abstracto, transpuesto, elevado. Esta es para mí la música absoluta, que sólo conmueve por la combinación de los timbres, por los armónicos en sí mismos, es decir, por el ritmo eterno y la visita de los ángeles."

Mauclair no quiso decir, simplemente, lo que debió decir: que en la música lo que debe buscarse es *lo musical*. Nada más que lo musical, pero, sobre todo, nada menos que lo musical...

En muchos casos tendríamos que disputar este concepto con los propios autores, y hasta con muchos de los grandes. Tendríamos que refutar a Gluck; a Wagner más que

a nadie, a Ricardo Strauss casi otro tanto, pero no con nuestras ideas, sino con su propia música, agradeciéndoles *lo musical* de su propia música. Tendríamos que expicarles que su música se emancipa definitivamente, al quedar hecha, de la historia afectiva o intelectual de su gestación, como el hijo, al nacer, se emancipa del claustro materno; que se ha objetivado para resubjetivarse en el auditor, pero para resubjetivarse en él *musicalmente*, porque es música y no pensamiento racional, ni literatura, porque adquirió sér musical y no vida intelectual ni literaria.

Y tendríamos que refutar hasta a un tipo curioso de músico: con Schumann, por ejemplo, si viviera, tendríamos que discutir un caso que le ocurrió a él, y que no sé que se le haya dado a nadie más que a él. Había compuesto "La Noche", su pieza preferida entre las fantasías para piano, con una inspiración puramente musical, ni siquiera con el vago toque de emoción poética, de poema nocturno, que ese nombre sugiere, porque sabemos que se lo dió posteriormente. Pero después de hecha esta obra, conoce la leyenda de Hero y Leandro, y cree comprobar que aquella música suya la traducía paso a paso, sin él haberlo buscado: encontró, sin duda, el movimiento de las aguas, en el agitado y ondulante fondo arpegiado; las ansias de Leandro al cruzar a nado el Helesponto para llegar hasta su amada, y las de la sacerdotisa aguardándolo en lado opuesto con la luz de su antorcha encendida, en el diálogo de esos alternados cantos de pasión que se levantan por momentos, y se quedan, unos, acallados como por un jadeo, para reanudarse pronto, y otros, extendiéndose cálidamente a lo largo de un curso melódico que sube y desciende patéticamente, completando en totalidad su parábola afectiva; y el éxtasis del abrazo dominándolo todo en lo más intenso de las efusiones líricas. Tal habrá sentido Schumann cuando escribe a Clara Wieck, hablándole de la historia de Hero y Leandro: "Tú la conoces. Si yo toco esa pieza no puedo olvidar la imagen: primero, cuando él se tira al mar, ella llama, él contesta, él llega afortunadamente, a pesar de las olas, a

tierra; después la cantilena cuando ellos se tienen en los brazos; luego, cuando él debe volverse, no se puede separar, hasta que la noche lo envuelve todo otra vez en la oscuridad". Se ha atenido Schumann, aquí, a la versión de Byron: sólo ha evocado la escena de pasión, el ensueño de amor y el ambiente de poesía nocturna de la leyenda, sin que aparezca la tragedia de los amantes que la cierra. Al día siguiente, escribe Schumann a Kräger, documentando para la posteridad que esa forma de correspondencia con la leyenda la sintió después de haber compuesto la música: "La Noche es para mí lo más hermoso. *Más tarde* encontré en ella la historia de Hero y Leandro. Fíjese Vd. cómo todo se ajusta a eso a las mil maravillas"...

Reprocharíamos a Schumann, entonces, que nos distrajese de las audiciones de su *Noche* al obligarnos a ensayar, a nuestra vez, la percepción de esta correspondencia peregrina de la música con la leyenda, y a transformar con ello nuestro estado de espíritu musical en estado de espíritu intelectual, literario... ¡hasta geográfico! Porque, ¿qué habríamos ganado, con este juego de ingenio? Y ¿cuánta emoción musical no nos habrá hecho perder?

●

Intentemos aún nuevas aportaciones para esa ideal refutación de esta clase de aberraciones de los músicos.

Si en el cieno brotan tallos florecidos, si el tallo y la flor son el lenguaje plástico mediante el cual se ha expresado el cieno ante nuestros ojos ¿será necesario, para la captación estética de lo florecido allí, que, una vez cortado el tallo y separado de su medio germinativo, hayamos de pensar en el cieno, será necesario, para embriagarnos con los colores y el perfume de la flor, tratar de percibir a través de ella la sombra parda y los hedores del establo?

Si, como lo enseñaba el viejo Bourdelle, la rosa es la síntesis del rosal ¿nos será preciso sentirla siempre en función del rosal, como su resultante viva, disipar el arrobamiento directo que nos suscita la rosa, en un esfuerzo de interpretación de todo lo que ha venido a resumirse en ella, de los procesos biológicos de la nutrición de la planta, de la estructura de su raíz y de sus tallos, de la circulación de la savia a través de mil canales, nos será preciso considerar la vocación reproductora de la flor, o, aún manteniéndonos siquiera dentro de lo puramente estético, remontarnos hasta sentir una belleza específica de lo vegetal integral, del frescor de lo hundido bajo la tierra húmeda, del mundo de lo verde que hizo marco a la flor, del crujir sordo e invisible de los tejidos repletos de plasma, del ritmo sosegado y perenne con que los jugos suben desde lo oscuro hasta terminar bajo el sol en la tersura de los pétalos?

¿No podemos hacer una estética de la flor en sí, sea ella la flor del establo o la rosa de Bourdelle?

¿Y no es éste el caso de la música, la floración espiritual del músico, la síntesis de misteriosos procesos biológicos y psíquicos, de raíz oscura y escondida: la música, que no importa qué vientos o qué huracanes afectivos, ni qué soles o qué nieblas del alma la conmovieron o la impregnaron el día de su eclosión?

Y porque ello es así, hay también una estética del niño, separable de la estética de la historia sentimental de sus padres, separable igualmente de la historia no revelada y en grandísima parte involuntaria e inconsciente de su gestación: una estética del "niño puro", del niño en sí, una plástica y una amorosa poética de la blanda y rosada gracia tierna, del gesto, del grito, del balbuceo, del llanto, de la sonrisa, inmanentes en su intransferible realidad.

Y, así también, aunque no niego que determinada idea, que tal imagen poética, o tal evocación pastoril, o tal propósito revolucionario, hayan desencadenado los procesos psíquicos que engendraron una música dada, ni niego tampoco que el autor haya querido traducirlos en esa misma música, niego en cambio que esas circunstancias pasen necesariamente, como cosa reconocible, a la música. Y niego que, aun en el caso de que ellas lleguen, en efecto, a trasmitirse

a la música, sea menester conocerlas ni tenerlas presentes para la valorización estética de la obra musical en sí misma.

●

La música *musicaliza* todo lo que toca. Es un fuego que todo lo vuelve en su propia llama, un fuego para el cual no hay materias incombustibles. Podrá nutrirse de pintura, de literatura, de pensamiento, de acción, pero se las asimila, las convierte a su propia vida flúida, a su soplo misterioso, y a penas deja un vestigio perceptible de ellas, unas cenizas muertas y grises, acaso tibias, como para que pueda reconocerse cuál fué su proceso genético, como para que pueda seguirse hablando de música dramática, de música de programa, de música vocal, de música religiosa, de música coreográfica, en tanto la llama, la música pura, el combustible purificado por el trance y transformado en fuego musical, queda eternamente luminoso y ardiente. Quien espere hasta revolver en esas cenizas para buscar cuáles fueron las sustancias que encendieron la hoguera, o quien mire el color y la forma de las cosas que se queman mientras el fuego arde, podrá gustar de mil hallazgos peregrinos, pero habrá olvidado la llama.

Sin duda, también la poesía poetiza, la pintura pictoriza, la escultura escultoriza, la razón intelectualiza. Así, el artista que se inspire en paisaje, en leyenda o en canción, no dejará de hacer pintura, si es pintor, o escultura, si es escultor, o poesía, si es poeta; así, el pensador que interpreta la realidad no deja de hacer con ello pensamiento. Es esa la fuerza inmanentista de la creación artística, y la fuerza inmanentista del pensamiento, que, llamando las cosas a sí, tienden a trasmutarlas en su propia esencia y las hacen permanecer en ella eternamente. Ella es, a su vez, tan sólo un modo de una más profunda vocación inmanentista originaria del espíritu, que se hace presente en cada una de sus expresiones. Pero en ninguna de éstas esa fuerza se muestra tan intensa y, casi diríase, exhaustiva, como en la música. Para todas

las demás, quedan siempre residuos irreductibles. Para el fuego de las demás artes, lo mismo que para el del pensamiento, hay más materia incombustible. Nada queda intacto, sin duda, de lo que haya sido tocado por él: todo acusará las huellas de la ignición; pero mucho de la sustancia inspiradora quedará reconocible, aún después de haber llegado a la incandescencia misma. Siempre quedará algo impenetrable para el pensamiento, por más que el pensamiento lo haya calcinado en el ardor de su obsesión por descifrarlo. Y para las artes que no son la música, la diferencia entre la pureza y la impureza, dentro de la estética propia y específica de cada una, es mayor que en la música. Entre la poesía pura que teoriza un Abate Brémond y la poesía trágica o la poesía bucólica, entre la pintura pura que se viene persiguiendo desde las raíces del cubismo hasta los actuales buscadores de construcción pictórica austera y despojada, y la pintura de un paisajista, un retratista o un costumbrista, la diferencia es casi de esencia. Es, por lo menos, mucho más acusada que la que pueda hallarse entre la *realización* musical *objetiva* de un Bach, de un Mozart o de un Franck, y la *realización* musical *objetiva* de un Gluck, de un Wagner o de un Strauss, no obstante todo lo que hayan podido pretender en contra la teoría del drama musical y todas las demás teorías: la existencia de un mundo sonoro, autónomo siquiera como posibilidad para la audición viva y para su captación por una emoción musical específica, la dinámica de la sustancia sonora en movimiento, con ese complejo de formas y desarrollos, de estructuras y de leyes tonales que no los da, en el universo de la imaginación y en el universo de los perceptos, sino la música misma, se dan, en ambas, con idéntica plenitud. En cambio, el mundo de las formas y los colores de que se valen la pintura y la escultura, el mundo de imágenes que se remueve en la poesía, son formas, colores e imágenes que se dan, sin diferencias de esencia, en el universo sensible. No sólo los de la pintura, la escultura y la poesía de temas, o de contenido no puro: aun los de la poesía pura, la pintura pura y

la escultura pura. Aun los de la arquitectura, que es la menos representativa de las artes plásticas, arte casi de pura construcción.

Y, por otra parte, en estas otras artes, todo lo que no es puro es, precisamente, quizá lo más vivo, lo más genial, lo más eterno. Mucho peligro corren la pintura pura, la escultura pura y hasta la poesía pura, si de verdad llegase alguna vez a existir una poesía absolutamente pura, de morirse de frialdad, como moriría de frialdad una arquitectura pura, un arte que, siendo el arte de la habitación de la especie humana, olvidase la función práctica de su vocación, olvidase ser constructiva para los fines de la vida humana y prefiriese quedar como arte constructiva para la forma en sí, como arte de la habitación destinada a ser habitada por el vacío.

En estas artes, pues, el residuo, lo que resistió sin quemarse a la ignición, puede valer tanto como la llama misma, y aun quizá más que la llama misma si la llama lo hubiese calcinado hasta transfigurarle su ser primitivo: así el paisaje, el asunto, la imagen, tratados por el artista, sublimados por él, pero siempre reconocibles en su obra. En tanto que en la música, muchas veces el fuego ha ardido de la sola ignición de la sustancia musical, que no deja residuo; y cuando se alimentó de sustancias ajenas a la música, el residuo desaparece o queda sólo como ceniza en que cuesta reconocer lo que fueron sus elementos originarios, y la llama sigue siendo, en cambio, lo supremo, y lo totalmente nuevo, lo no dado por las formas ni por los sonidos del universo sensible.

●

Y bien: estando dentro de lo musical, en ese mundo distante del visible, si se deja penetrar en él un elemento cualquiera que le sea ajeno, toque de color, figuración plástica, evocación literaria o concepto intelectual, se pierde la trama íntima de aquel misterioso dinamismo interno, se desvanece la fuerza de las ideas musicales, se trastorna el curso de la lógica musical, se disipa el deleitoso encantamiento. He podido comprobarlo intentando una audición de Tristán en que procuré tener presente, en todo momento, la correlación entre la percepción musical de los motivos y su significado ideológico y dramático, y en la cual mi atención fatigada se rindió pronto al llamado de aquella música soberana, que atraía para sí sola, por el imperio de su belleza intrínseca, todas las potencias de mi emoción. En las siguientes veces he escuchado musicalmente a Tristán, a Wagner todo; y lo propio me ha ocurrido con audiciones de lieder y de obras de programa. Cierto es que, percibiendo solamente lo musical, escapa en tales casos el sentimiento de lo plástico, de lo poético, de lo dramático. Pero, dada la obligación de optar por uno solo de estos modos estéticos que nos imponen entonces las leyes de nuestra imaginación, si queremos apurarlos hasta lo hondo, ¿no ofrecen, acaso, la literatura y la pintura, ocasiones más propias para gozar de ellas que las que pueden suministrar cuando intervienen en una audición de música? Sólo cabría, como posición final para resolver el punto, la de saber si la emoción estética del que siente sólo lo musical es realmente más intensa que la experimentada por el que, atendiendo a la plástica, a la literatura o a la ideología juntamente con la música, no goza del sentimiento musical sino en una especie de subconciencia. Y la cuestión no podrá resolverse, en la práctica, sino mediante soluciones individuales para cada temperamento. Pero queda como indudable que al último de los tipos referidos escapará el conocimiento de uno de los modos estéticos esenciales; y por ello su actitud estética será menos pura.

A esta clase de espíritus les falta la imaginación acústica: ¿carecerán en cambio los puramente musicales, de las otras formas de imaginación? Algunos sí, seguramente, pero no todos. E, inversamente, conozco artistas plásticos que sienten la música musicalmente, sin evocaciones coloreadas, y poetas que también la sienten así.

Es que pueden coexistir en un mismo temperamento varias formas de imaginación: es ése el caso de Vaz Fe-

rreira, por ejemplo, dotado de una sensibilidad literaria tan honda como lo son su propia musicalidad y su enorme fuerza intelectual. Y no es ello inexplicable, porque siendo la música estimulante afectivo general, lo es específico para la imaginación acústica; cuando ésta exista en el espíritu actuará, pues, sólo sobre ella en la forma absorbente que he procurado indicar; pero cuando ella falte, solicitará también a la emoción, y ésta debe reaccionar forzosamente, en sus representaciones, en las formas propias de cada temperamento.

Y ahora puede pensarse todavía el problema opuesto, es decir: por qué si el pensamiento musical no puede traducir el pensamiento racional, el pensamiento racional debería, en cambio, imitar los procesos del pensamiento musical.

No incurriré aquí en el defecto inverso: no se trata de que pretenda musicalizar, en cuanto a su sustancia íntima, el pensamiento racional. Se trata sólo de que, habiendo analizado cómo se desenvuelven en el espíritu los procesos del pensamiento musical, de cómo se superponen y entremezclan y enriquecen entre sí, y corren independientes y no obstante solidarios a la vez, con sus armonías y sus contrapuntos y sus disonancias, he pensado lo que podría dar de complejidad y de matices la inteligencia si dispusiese de una posibilidad semejante de simultaneizaciones e interferencias de ideación y de lógica. He pensado, entonces, que el pensamiento racional sería perfecto si fuera capaz de la riqueza de procesos del pensamiento musical. Formar, así, un curso diferente con cada idea, en el cual irían fundiéndose y armonizándose todas las ideas afines. Superponer todos esos cursos, sin hacerles perder su independencia respectiva, y logrando, aún, el desarrollo total, hasta el detalle y por separado, de cada uno; pero sosteniéndolos a la vez en un solo proceso, trabándolos entre sí por una construcción firmísima, que hiciese gravitar a los unos sobre los otros para provocar en ellos atracciones e influencias recíprocas y suscitar corroborantes resonancias simpáticas. Ir haciendo esa trama, no sólo por simples ajustes de coincidencias, no sólo por las consonancias y las confluencias, sino también hasta por la utilización de las oposiciones: contraponiendo unas ideas a otras, en una alternancia que, sin abandonar las relaciones de simultaneidad, permitiese ir haciendo la apreciación sucesiva de todos los valores. Alcanzar la plenitud gracias, precisamente, a la complejidad de todas esas interferencias, y hasta incluyendo en ella, si oportuno fuese, la conjugación de lo disorde, no ya sólo en ese modo de sucesión simultaneada de los contrarios, sino en una nueva y conjunta captación que los redujese a la unidad definida de la disonancia. En todo ello, estableciendo la más flexible y rica jerarquización de los conceptos: destacándolos con imperio del conjunto, o haciéndoles atenuar a merced su prevalecencia, en una posibilidad infinita de gradaciones, que fuese capaz de llevarlos a robustecerse los unos a los otros, a precisar las diferencias, a insinuar levemente la diversidad o el subrayado oportuno, a apenumbrarse, a velarse suavemente, a desleírse en una fluidificación común. En todo ello, también, haciendo desaparecer toda oposición entre la idea y el sentimiento, entre la lógica y la intuición, entre lo concreto y lo abstracto; es decir: creando las ideas con sólo las condensaciones de la emoción, poetizándolas hasta el ensueño por la impregnación de subconsciente, caldeándolas, sin mengua de la claridad, con frenesí de pasión o con turbadora intimidad de afecto, y haciendo desprenderse a lo largo de todo su proceso una emanación trascendente, que escapa a la significación parcial de cada uno de sus trozos, y que, siendo diversa de ellos, adquiere, no obstante, en el conjunto, un sentido que les es congruente, y se revela como la ascensión, por el trance de una ideación más alta, a una categoría superior e inexpresable del pensar.

Pero, ¿es acaso seguro que la razón humana no esté entrando ya en el camino que haya de conducirla a alcanzar, ella también, la plenitud de los procesos *sinlógicos,* el polipsiquismo del pensamiento?

Eugenio Petit Muñoz

ITINERARIO POLITICO DE MARIANO JOSE DE LARRA

I

Hay hombres en la historia a los que podemos admirar de lejos, con admiración apaciguada y casi académica: la aureola que los distingue es un nimbo frío, esplendor de sepulcro y nada más. Hay otros, por el contrario, que no satisfechos con ser admirados, nos exigen el corazón, nos lo arrebatan, se lo llevan consigo como caliente presa, —semejantes a aquellas sedientas almas que en la "Odisea" beben la sangre que les ofrece Ulises,— y nos obligan a sentirlos y amarlos como a vivientes, llenos de una opulenta, hasta belicosa vida. Entre estos muertos imperiosos, ávidos de amor y conquistadores de amor, se encuentra el gran satírico Mariano José de Larra. Desde que, a comienzos de este siglo, renació a la inmortalidad, ha recibido homenajes tan singulares penetrados de tan violento fervor, que parece como si se hubiera querido ofrecerle con ellos todo el amor que le faltó en la tierra, y que tan desesperadamente persiguió mientras vivía. En 1901, un grupo de jóvenes entre los que figuran Azorín y Pío Baroja (lástima de nombres que no supieron después sostenerse a sí mismos) se dirige al cementerio en el que duerme "Fígaro". Van enlutados y cada uno lleva en la mano un ramo de violetas. Así atraviesan a pie Madrid entera, y ya llegados junto a la tumba, en medio a la desolación del cementerio abandonado, proclaman por boca de uno de ellos su apasionada fe en la lección de Larra. Meses más tarde una muchacha llega a Madrid desde su Andalucía natal, y su primera visita en la ciudad es para la tumba del Maestro. Allí permanece en patética rememoración del muerto, al que ama hasta el punto de decir más tarde refiriéndose a este episodio: "...donde *vivía* el muerto amado! Donde *nos vimos* por primera vez!" Esta obscura muchacha andaluza se convierte luego en la escritora Carmen de Burgos, y una vez afianzada en su obra, escribe sobre Larra un libro de glorificación y de reivindicación que no es posible leer sin lágrimas; no sólo por la vida rica y noble de la cual narra las desventuras, sino por la tenaz y fiel pasión de Carmen de Burgos que solloza, ensalza y canta en cada una de sus páginas. Por fin, el año 1909 se celebra en España el centenario del nacimiento de Larra. La conmemoración oficial es fría y de compromiso. Demasiado peligroso y subversivo resulta para la España monárquica ese muerto al que sin embargo es obligatorio honrar. Pero entonces se reúnen los jóvenes capitaneados por Gómez de la Serna (en esa época Gómez de la Serna valía), y ofrecen a "Fígaro" un banquete. A la cabecera de la mesa, en la presidencia, está el asiento vacío que ocupa invisiblemente el fantasma. A su derecha la enamorada Carmen de Burgos; a su izquierda Gómez de la Serna, que se proclama con orgullo, como todos los allí reunidos, su discípulo póstumo. Y al terminar el discurso con el que ha ofrecido al muerto la demostración, le ruega que le permita, en nombre de todos, tutearlo y abrazarlo. Quien provoca estos homenajes a los cien años de haber nacido y a los setenta largos de haberse marchado, está, aunque pueda parecer paradójico, lleno de vida.

Este año, transcurridos por segunda vez en el tiempo los veintiocho años escasos durante los cuales como todos, pero mucho más que todos, Larra luchó, amó y padeció, se ha cumplido el centenario de su muerte. Este año debió ser el de su definitiva glorificación, si alguna le falta todavía. Habían triunfado en España las ideas democráticas por las que él combatiera; sus fervientes discípulos póstumos brillaban ya como los primeros escritores de su país; todo era propicio para la apoteosis. Pero el crimen de un grupo de

facciosos fascistas ha devastado los campos y las ciudades de España. Sangre y balas, gemidos, maldiciones, niños abandonados, ciudades humeantes, en esto han convertido los generales traidores a la hermosa y libre España que marchaba hacia el futuro. No hay tiempo para conmemorar a los muertos, apenas lo hay para enterrarlos. A nosotros, pues, que nos separamos violentamente de la España de Fernando VII, pero que a través de los cruzamientos de las sangres y de la aventura de las inmigraciones permanecemos unidos por el corazón a la España de Larra, nos toca cumplir el dulce deber de evocar y glorificar su memoria. Y la mejor manera de evocarla y glorificarla, es demostrar que "Fígaro" está vivo, combatiendo a la par de los otros intelectuales en las filas de los milicianos, en las trincheras del grande y heroico pueblo de España. No he de demostrarlo con razones ni con palabras mías, sino con el texto mismo, con las vivientes, centenarias y jóvenes palabras de Larra.

Como todos aquellos que se le han acercado mucho, como todos aquellos que lo han mirado en los ojos, yo he sufrido también su fascinación. Años hace que frecuento su obra, en la que no hay una sola línea que ignore. Y por estar así impregnada de su espíritu, me complace imaginarlo vagando en una furtiva escapada por su Madrid, casi irreconocible entre los escombros, pero siempre reconocible en su grave grandeza. Cien años han pasado, y recién España va a ser la España iluminada por la que él combatió sin tregua. ¡Pero cuánta sangre! Lo veo con sus grandes ojos melancólicos, su boca gruesa, todo su cálido rostro de apasionado. Ha cambiado su levita azul de elegante por el "mono azul" de los milicianos, y silenciosamente, como es lo clásico entre los muertos, se acerca a un grupo que vivaquea en torno de una fogata. Los oye hablar, los mira: ¡son los suyos! Los hombres que él esperaba, los que necesitaba España. ¿Qué mejor centenario que ver al pueblo español resuelto a aniquilar en un puñado de facciosos traidores y de invasores extranjeros todo cuanto él fustigó: la corrupción, el privilegio, el parasitismo, la ignorancia, la mentira,

la superstición, el estancamiento? Larra se estremece de alegría y antes de desvanecerse en una ráfaga, deja caer sobre el corro, a manera de aliento, aquella frase que fulgura como un relámpago entre la rica prosa de uno de sus artículos: "La libertad no se da, se toma".

II

En la literatura española, Larra ocupa, solo, la primera mitad del siglo XIX. Literariamente todo él puede llamarse el siglo de Larra. Su obra se levanta como torre llena de gentileza, a un tiempo esbelta y fuerte, sobre un chato y mediocre caserío. Bretón de los Herreros, Mesonero Romanos, Ventura de la Vega, el Duque de Rivas, Hartzenbusch, Gil de Zárate, Martínez de la Rosa, Alberto Lista, Cortés, Pastor Díaz, todos cuantos escribieron al mismo tiempo que él, no son ya más que polvo seco, definitivamente olvidado. Acaso el único cuyo nombre puede colocarse en cierta medida y nada más que en cierta medida junto al de Larra, es el de su gran amigo Espronceda. Pero los poemas de Espronceda están ya casi mudos para nosotros, y en cambio ¡cómo nos habla la prosa de "Fígaro"! Ya dije que sólo voy a analizar brevemente uno de sus aspectos: el de crítico político, el de luchador demócrata que ahora mismo está en las filas de la España leal. Dejo de lado al enorme crítico de costumbres, al novelista de "El Doncel de Don Enrique El Doliente", al dramaturgo de "Macías", al poeta, al luminoso crítico teatral, al artista que manejó el castellano con una riqueza y una fuerza que no se habían vuelto a ver desde el siglo de oro. Si fuéramos a estudiar siquiera ligeramente esos aspectos, necesitaríamos por lo menos tres ensayos de la misma longitud del presente. Entremos, pues, de lleno en el pensamiento de Larra. Yo no he de ser más que el cicerone, un cicerone lleno de reverencia y de amor.

La España en que vivió "Fígaro" era también una España exaltada, desgarrada, trágica. Fresco estaba el recuer-

do de los mártires asesinados por Fernando VII en sus espantosas represiones. A la muerte de este gran enemigo de España, cuyo reinado no fué en realidad más que una larga guerra civil, los carlistas que no quieren aceptar la regencia de la reina María Cristina, se levantan en Talavera, Vitoria y Bilbao. Larra trabaja entonces en la "Revista Española", y apenas iniciada la insurrección, publica sus primeros artículos políticos. Los tres son magistrales. En el primero, "Nadie pase sin hablar al portero", muestra a los carlistas gobernados por un ejército de curas guardando las fronteras de España. Abren la correspondencia, se quedan con el dinero de los pasajeros detenidos, quieren fusilar a un francés por el solo hecho de serlo, y cometen toda especie de desmanes. Los curas y los guardias revisan las maletas de los detenidos: "¿Qué trae usted en la maleta? ¿Libros?... Pues... *"Recherches sur*... ¿Al sur, eh? Este *Recherches* será algún autor de marina, algún herejote. ¡Vayan los libros a la lumbre! ¿Qué más? Ah, una partida de relojes... A ver... *London*, ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto? Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid. Decomiso, dijo el padre; y al decir decomiso, cada circunstante cogió un reloj y metióselo en la faltriquera."

Lo mismo que ahora a los fascistas se daba entonces a los carlistas en España el nombre de "facciosos". Larra publica un artículo que parece escrito en este mismo año de 1937, "La planta nueva o el faccioso". Es difícil citar a "Fígaro", porque todo lo suyo es igualmente bueno, pero vamos a transcribir el párrafo en que define al faccioso, al que describe como una nueva especie de planta: "El faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye por ejemplo como la sensitiva al irle a echar mano... carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol a que se arrima... tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo... y se mantiene de lo que coge a los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas... tiene el olor de la asa fétida y es vano como

la caña... suele criarse escondido en la tierra como la patata, pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla y tiene más dientes que el ajo pero sin tener cabeza." ¿No parece un retrato del general Franco? Y más adelante: "Así que en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojo de facciosos arrancados de su tierra natural, en algún pueblo, al cual dejan exhausto, desolado y lleno de pavor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso a manera de proclamas, y es niñería querer desembarazarse de ellos teniendo dinero, sin dejárselo." Por fin termina el artículo después de analizar los distintos medios de acción contra los facciosos, diciendo: "Y así, a nuestro entender, de todos los medios contra los facciosos, parécenos el mejor el de la pólvora, y más eficaz aún la aplicación de luces que los agostan y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados."

En el tercer artículo, "La Junta de Castel-o-Branco", ridiculiza acerbamente el cuartel general de los facciosos, establecido en tierra extranjera y ayudado por extranjeros, lo mismo que ahora. Sería inútil tratar de dar una idea de la terrible ironía aquí esgrimida por "Fígaro". Hay que leer el artículo íntegro. Sólo voy a transcribir algunos párrafos del decreto que presenta a consideración de la junta de los facciosos su Ministro de Gracia y Justicia, "dejando aparte la gracia y la justicia", dice "Fígaro". Recordemos que gobierna en España la Regente María Cristina, que los facciosos son bandoleros más que combatientes regulares, y que el pretendiente al trono está en el extranjero, en Portugal, con su estado mayor. Y dice el decreto que Larra pone en boca del carlista: "Art. 1º. En atención a la tranquilidad con que posee y gobierna Su Majestad Imperial el Señor Don Carlos V, estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren se entusiasmarán espontáneamente y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, —pena de la vida— en cuanto llegue a su noticia este decreto: debiendo durar el entusiasmo tres días consecutivos sin intermisión, desde las seis de la mañana en punto en que empe-

zará, hasta las diez de la noche por lo menos en que podrá quedarse cada cual sereno". Todos sabemos que de esta manera entusiasman las tropas ítalo-alemán-españolas del general Franco a las desgraciadas poblaciones que caen en su poder. El método de los facciosos no ha variado. Y sigue Larra: "Art. 4º. Convencida la junta de que nada se saca de las escuelas sino ruido, y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del Señor Don Carlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas debiendo olvidar cada vecino en el término improrrogable de tres días, contados desde la fecha, lo poco o mucho que supiese, so pena de tenerlo que olvidar donde menos le convenga." Es el mismo afán de barbarie que hace gritar ahora a Millán de Astray y a los demás asesinos: "Muera la inteligencia". Hasta la intervención de las potencias extranjeras contra los facciosos aparece semejante a la actual por su inocuidad. En un momento se teme que Don Carlos, el pretendiente, entre en España, y Larra escribe en una simulada carta: "No le importe a vuesa merced un bledo de las venidas de Don Carlos a este país, pues que la Cuádruple Alianza está contratada para su conducción fuera de la península cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir coja vuesa merced el texto y verá como nada hay tratado, además de que mal pudiera la Cuádruple Alianza sacarle de la península, si él no viniera."

Esto por lo que se refiere a los facciosos, pero en tiempo de Larra, si andaban mal los facciosos no andaba mucho mejor el gobierno. Las libertades eran proclamadas en teoría y sofocadas en la realidad. La libertad de imprenta no era más que un mito perpetua y ansiosamente reclamado como realidad por el pueblo y la inteligencia de España. Ese reclamo de la libertad de imprenta es clamor en la obra de "Fígaro". Todos los temas le son buenos para desembocar en su eterno estribillo. También entonces, —las situaciones se repiten en países y años distintos— las autoridades alababan con toda la boca la palabra libertad y afirmaban que era aquel el mejor de los mundos en punto a libertades. Acerca de este aspecto habría que citar todos los artículos de Larra. Un sarcasmo, sabrosísimo, va inserto en un comentario crítico sobre una obra teatral llamada "Numancia" que entonces se representaba. Comienza diciendo Larra: "He aquí una de las cosas exceptuadas en el reglamento para la censura de periódicos, y de que se puede hablar, si se quiere, por supuesto; ni un solo artículo en que se prohiba hablar de Numancia. No se puede hablar de otras cosas, es verdad, pero todo no se ha de hablar en un día. Por hoy, que es lo que más urge, ¿quién le impide a usted estarse hablando de Numancia hasta que se pueda hablar de otra cosa?" Y al terminar agrega: "La decoración última me pareció muy regular, incluso los comparsas y aquellas descabelladas doncellas que chillaban a lo lejos huyendo de los feroces romanos, y que parecían periódicos perseguidos por algún reglamento. El telón no parecía sino que caminaba por la senda de los progresos, según lo despacio que iba y los tropiezos que encontraba. Tardó más en bajar que han tardado las patrias libertades en levantarse." Así engastaba Larra la política en el oro macizo de sus disertaciones literarias. Pero veamos ahora este cuadro, y no le pongamos fecha ni lugar, que muchos le caben: "Yo le juro a vuesa merced por la racional libertad de que gozamos, (y es todo un juramento!) que quiero que me hagan ministro si me consiento a mí mismo la más leve chanza sobre cosa de gobierno, o que por lo menos lo parezca. No, sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohíbame él escribir más a mis amigos, que será como arrancarme el alma, sólo porque él reciba sueldo del gobierno e instrucciones, y yo del gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro; y préndanme bonitamente, y quédense con el porqué por allá, y... no, señor".

Estas cartas "de un liberal de acá a un liberal de allá" y viceversa, son acabadas obras maestras de sátira política; sería necesario citarlas desde el título al punto final. Permítaseme, pues, todavía, transcribir aquella frase sobre el público: "El público es como la libertad, que todos dan en

decir que la tenemos y ninguno la ve"; y aquella maravillosa explicación sobre los liberales, a la que tampoco quiero poner fecha ni lugar dejando a los que me siguen que pongan las que más les plazca: "¿Es posible que en Portugal nadie tiene miedo a los liberales? Lo que va de un clima a otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierras de Tarento son ponzoñosas y en países más fríos no; por acá los liberales son tremendos; así es que les tenemos no diré un miedo cerval pero sí un miedo ministerial. Si el liberal sobre todo ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial... llevan siempre la anarquía en el bolsillo."

En la tercera carta habla más claro todavía: "Me preguntas si es gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado anda crucificado... pero amigo, no se cogen truchas a bragas enjutas y algo le ha de costar a uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade a eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Así es que cuando yo digo que somos libres, no quiero decir yo por eso que podemos ser liberales a banderas desplegadas y salir diciendo por las calles ¡Viva la libertad! u otros despropósitos de esta especie... nada de eso, quiero decir que podemos gritar en días solemnes ¡Viva el Estatuto! y podemos estarnos cada uno en su casa y callar a todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? ¿Que quieres imprimir una tarjeta de convite; más, una esquela de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido, bien especificado; nadie te estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta y que llega un

día de su Majestad y haces una oda: allí puedes alabar todo lo que pasa y puedes decir que todo va bien en buenos o malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y también puedes decirlo en prosa y puedes no decirlo de ninguna manera si eres hombre de sentido común y nadie se mete contigo... Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto a España, y cree no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres más que ninguna nación del mundo y que tenemos amplia libertad de imprenta... Venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos o no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle a un borracho si bebe vino. Desengáñate de una vez, y acaba de creer a pies juntillas no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es más que una pura representación, a la cual, para ser de todo punto igual a una del teatro, no le faltan más que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales anteriores, no deben andar muy lejos, ni de hacerse esperar mucho, según la mareta sorda que se empieza a sentir". ¡Ojalá, ya que todo el texto nos viene a nosotros tan de medida, pudiéramos terminarlo con la misma esperanza del gran "Fígaro"! No tengamos por el contrario que repetir aquella otra de sus frases en la que dice: "...y en cambio se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que no llegan nunca".

Y, por fin, para acabar con este tema, algunos párrafos del magistral artículo "¡Dios nos asista!" en el que los que me siguen verán retratos contemporáneos, y tengan en cuenta que los modelos que les propongo están muy cerca: "La primera novedad que dió que hablar en aquellos días, fué que según pareció después, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo? Va y cree que tenemos libertad de imprenta: el buen señor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie, y como de cierto tiempo a esta parte no ha habido ministro que no se haya proclamado abo-

gado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gente animaba a su mujer a comer de los pichones y en quedando solos le decía enseñándole un garrote: Ay, si los catas!, hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno; más breve: creyó que para hablar le bastaba tener licencia de Dios y que por tanto no necesitaba la del gobernador civil. ¡Al revés me las calcé! Excusable es el señor ex-procurador porque hace tanto tiempo que nos están diciendo que somos libres que a veces uno mismo se lo llega a creer. Echa mano de un folleto, desparrama en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese a esperar la cosecha. ¿Pero, qué dirás que recogió? El, nada. La autoridad fué la que recogió los folletos". ¡Ah, si tuviéramos entre nosotros un Larra! Si tuviéramos un Larra para que repitiera poniendo los nombres propios que en este momento corresponden, el párrafo siguiente: "A mí me da que hacer la libertad de imprenta: yo soy el único a quien da que hacer pero en fin, me da. Habla la reina y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los ministros y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan también (esto no es pulla) los próceres y convienen en que es la base; abren la boca los procuradores y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo como Don Basilio en la ópera de mi tocayo: "¿A quién engañamos, pues, aquí?" ¿Quién diantres impide que la establezcan? Alguno hay que habla de mala fe y deben de ser el pueblo, los estamentos y los periódicos, porque en cuanto al gobierno ¿cómo dudar de él, cáspita, siendo tan patriota?"

Sabido es que Larra había tomado su más conocido seudónimo, "Fígaro", del célebre personaje de Beaumarchais. Hay en "Le Mariage" un monólogo del protagonista que es acaso lo más famoso de la obra: "Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta a la imprenta; y con tal de que no hable en mis escritos ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca a algo, puedo imprimirlo todo libremente, previa la inspección y revisión de dos o tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico..." Y Larra, después de transcribirlo, continúa así: "Basta, exclamo al llegar aquí mi escribiente, basta; eso se ha escrito para mí; cópielo usted aquí, al pie de este artículo: ponga usted la fecha en que eso se escribió... 1784. Bien. Ahora la fecha de hoy, 22 de enero de 1835. Y debajo: *"Fígaro"*. Y debajo, agregaríamos ya por nuestra cuenta, 22 de enero de 1935, de 1936, de 1937... ¿hasta cuándo? España, la España de Larra, al fin despierta al cumplirse el primer centenario de su invocador, será la encargada de decírnoslo, de decírselo al mundo entero.

No es posible abandonar el aspecto estrictamente político de la obra de Larra, sin citar y comentar su gran artículo sobre la policía. Su ironía llega aquí a un grado excelso, y como todo cuanto escribió, está vivo, y aún nos toca en lo vivo. Oigámosle: "La policía se divide en política y en urbana. Y es cosa tan buena una como otra. Por la primera supongamos que sabe usted que se habla en un café, en una casa, o que no se habla, pero que tiene un enemigo. ¿Quién no tiene un enemigo? Va usted a la policía, y con contar el caso y con añadir que en la casa tienen pacto con "isabelinos" y que detrás del *viva* de ordenanza está tapada la anarquía, hace usted prender a su enemigo. ¿Pues no es cosa excelente? Luego, para cualquier carrera se necesita saber algo, suponiendo que no haya favor o parentesco; para médico, por ejemplo, alargar la enfermedad; para abogado, embrollar el asunto; para militar ir a Vizcaya... para cura, todos sabemos ya lo que se necesita saber, y por ese estilo; para ser de policía basta con no ser sordo. ¡Y es tan fácil no ser sordo! Ahora, si fuera preciso hacerse el sordo, ya era otra cosa: era preciso saber entonces casi tanto como para ser ministro... Acerca de los premios destinados a la delación, y para cuyos gastos serán sin duda gran parte de los millones del presupuesto, esto

es indispensable: primero, porque uno no ha de delatar de balde, y segundo, porque no se cogen truchas, etc., refrán que pudiéramos convertir en no se cogen anarquistas, etc. En una palabra, o se ha de prender o no se ha de prender: si se ha de prender, es preciso que haya quien delate; y si ha de haber delatores, éstos han de comer, porque tripas llevan pies. Por consiguiente, no sólo es cosa buena la policía sino también los ocho millones... En los Estados Unidos y en Inglaterra no hay esta policía política; pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinión que le dé la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos; y nosotros, leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones, como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en él, y no seguir las mismas huellas que los países demasiado libres, porque vendríamos a parar al mismo estado de prosperidad de aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre, y la prosperidad le hace orgulloso por más que digan... Poco vale por cierto nuestra opinión; no somos desgraciadamente ni procuradores, ni inviolables, pero en cambio tendremos policía, por lo menos; pagaremos en compañía de nuestros compatriotas ocho millones para que nos averigüen nuestras conversaciones, nuestros pensamientos, nuestros... y si algún día la policía nos prende, como es probable, por anarquistas, exclamaremos con justo entusiasmo: ¡Buena cárcel nos mamamos! ¡Pero buen dinero nos cuesta!" Larga ha sido la cita, pero jugosa. Y no quiero cerrarla con ningún comentario, porque después de haber hablado "Fígaro", el gran "Fígaro" de 1837, de 1937 y de siempre ¿qué más ni mejor podría ya decirse?

III

Pero si grande fué Larra como escritor político, más grande fué aún como pensador revolucionario. En aquella época en que el socialismo recién nacido se alimentaba con los frutos pálidos de la utopía, a la vez que se apoyaba

sobre la base falsa del idealismo filosófico y por lo tanto de una irreal concepción de la sociedad, Larra tiene de la sociedad que se agita ante sus ojos una concepción exacta, materialista, realista, que debió chocar extraordinariamente a sus contemporáneos (los más cordiales tratan todo lo más de "perdonar" su obra a Larra) y que para nosotros aparece como mensaje profético. Esta concepción se ve desarrollada con claridad y grandeza en su artículo "Los Barateros", que vamos a analizar en seguida. Pero antes dejaremos constancia de que se halla también desperdigada por toda la obra a la que da tono y color de un avanzado socialismo, de un socialismo netamente revolucionario, de muchos quilates.

Como ahora, en la España de hace un siglo desgarrada también por la guerra civil, los facciosos y sus partidarios trataban de disculpar sus crímenes, con los crímenes que según ellos cometía el pueblo. "Fígaro" demuestra que tales crímenes si existen, no son más que la natural consecuencia de los abusos a que está el pueblo sometido y termina con esta frase lapidaria que suena como altanero desafío y que de pies a cabeza lo define: "Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo". ¿Cuándo se ha escrito, ahora mismo, en medio a la decisiva guerra de España, una afirmación tan rotunda, tan clara, tan entera, tan llena de desdeñosa valentía? Otras veces es el generoso humanismo del artículo contra la pena de muerte, exaltada requisitoria donde podemos leer este párrafo: "¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad, ni del hombre". Y aquel terrible alegato contra el Dios Dinero, el Dios Talega, intercalado en su artículo contra el duelo: "¿Le roban a usted? Usted, robado, queda pobre, y por consiguiente deshonrado. El que lo robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó a pie, es usted gente ordinaria, canalla". En este duro párrafo sin rastros de ironía desborda

la asqueada indignación de su alma, como en aquel otro de su "Fígaro de vuelta", en el que relata las humillaciones infligidas en los cuarteles a los soldados de España: "En cierto pueblo, no lejos de esta Corte, —dice— me hallaba yo casualmente no ha muchos días, cuando acertaron a pasar los quintos que venían de Extremadura. ¡Qué bien se trata a la tropa! ¡Qué bien a esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! Yo mismo vi a un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo vi a un cabo medir a otro con su vara, insignia por cierto militar! Y esto a la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en día de sol claro. Con todo si ese hombre se insolenta, irá al cepo; si deserta al palo... le llamaremos *caribe*".

Pero ya he dicho que la rebeldía de Larra no se limita a simples arranques sentimentales, sino que hay en él una clara, inexorable observación de la realidad, y un juicio que no vende su vara. Esto llega en ciertos momentos a extremos que nos demuestran hasta qué punto era realista su genio. Mientras sus contemporáneos se llenan la boca hablando del *organismo* social, y del *cuerpo* social, lo que involucra la idea de unidad y de armonía, él indica cortante y sagazmente que existe mayor semejanza y comprensión entre las clases paralelas de naciones distintas que entre las clases antagónicas de una misma nación: "La cuna, la riqueza, el talento, la educación —dice— a veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre a los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad, es una amalgama de mil sociedades colocadas en escalón, que sólo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reúne en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua común y de lo que se llama entre los hombres patriotismo o nacionalismo. Hay más puntos de contacto entre una reunión de *buen tono* de Madrid y otra de Londres o de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe, y otro de un cuarto bajo de Avapiés, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños". Imposible sería formular nada más justo, nada más exacto. Y esto lo piensa Larra en una época en que las ideas dominantes no hablan más que de conciliación de clases, de colaboración social.

Pero llegamos ya a uno de los más grandiosos monumentos de esta viviente ciudad, de esta ciudad hormigueante de muchedumbre que es la obra de Larra. Toda su rebeldía, toda la levadura revolucionaria de su pensamiento, su juicio profundo, la genial clarividencia de su criterio histórico, esa armonía absoluta entre lo mental y lo formal que es sello del verdadero artista, se manifiestan acompañadas de solemne pompa verbal en el majestuoso estilo de su artículo "Los Barateros". El conjunto es imponente: éste no está como los otros hecho para hacer pensar riendo. Todo en él es grave, con ritmo de marcha fúnebre y tono de salmo profético. Los elementos de que parte Larra son vulgares, sórdidos, hasta siniestros. Dos hombres están encerrados en una cárcel de Madrid; en ella juegan los presos y aquellos dos cobran a los demás un impuesto arbitrario, piratesco, sobre el producido de lo jugado. Ambos barateros tienen disensiones por la ganancia, riñen, es decir, se baten, muere uno, y el que queda es a su turno condenado a muerte por homicidio. Esto no es imaginado, no es inventado por el autor; se trata de una verídica, de una oscura noticia publicada en los diarios de Madrid, en los días en que Larra escribió. Y de esta tierra áspera y brutal de la realidad, se alza el pensamiento de Larra en un sobrecogedor *crescendo* en el que se debaten las leyes divinas y humanas, hasta llegar al apóstrofe último del baratero, mientras dobla ya la campana por el alma del que va a morir. Pero pongámonos en contacto con algunos fragmentos de tan notable obra: "La sociedad entonces acude y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmunda que te doy... Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta a aquellos a quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian

a amparar, pero no a vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti y tú no los tienes para mí; yo tengo alguaciles y tú no los tienes para mí; yo tengo en fin, cárceles, y tengo un verdugo para ti, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasión.

"Y el baratero: ¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mía: han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía y por la religión no puedo disponer de ella; pero si no es mía siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es más mía que tuya ¿en qué pude ofender a la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de común acuerdo, los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar a nadie en nuestra común cuestión?

"Y la sociedad: Algún día, baratero, tendrás razón; pero por lo pronto te ahorcaré... ¿Por qué no has aguardado para batirte en duelo a que la ley estuviese derogada? Por ahora muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone. Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano a otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba a vengar...

"Y el baratero: ¿Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado a otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo...?

"Y la sociedad: Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte a que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan a la corporación, debiste aguardar a lo menos a ser opulento, o siquiera caballero... o aprender en tanto a eludir mi ley.

"Y el baratero: ¿Y la igualdad ante la ley, sociedad...?

"Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿no ves que ando sobre él en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el alma que es la inteligencia del ser, y que sólo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que falta, cuando lo llegue a reunir todo? ¿no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias a tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriéndolo todo?

"Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de ti, oh sociedad; porque no comprendo...

"Y la sociedad: Pues date prisa a comprender y a saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa a dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

"Y el baratero: Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora y llegará más pronto por tu culpa, porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente, sin comprenderle, aprenderán a leer. Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza: ahorca a los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores a los señores que se baten en duelo, y en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!

" . . . . . .

"Y el baratero murió, y en cuanto a él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto a la justicia de lo que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo."

El crudo y cínico análisis que la sociedad hace de sí misma por boca de Larra, es uno de los más auténticos y violentos alegatos revolucionarios, uno de los más científicos análisis sociales que se hayan escrito jamás. Y nos-

otros que leemos esto cien años después de haber sido escrito, nosotros que vivimos en tiempos en que el pueblo sabe ya ver porque "su día es llegado", nosotros podemos recién comprender y reconocer el genio de Mariano José de Larra.

IV

Larra es el hombre que supera el pensamiento de su medio social, y que no puede sin embargo liberarse de él, encontrar otro donde consiga tener eco el vasto mundo interior que lo habita. Este es uno de los aguijones —y no el menor por cierto,— de su densa tragedia. Durante los diez meses que pasó en París, ya al final de su vida, pensó por un momento quedarse allí, recomenzar la lucha en un escenario más propicio. Pero Madrid lo atraía con fatal fascinación, Madrid lo devoró. Y allí padece la asfixiante angustia del que habla, sabiendo que lo que habla es digno de ser oído, sin que nadie lo escuche. Porque él no es de aquellos que creen, irrisoriamente, que el escritor escribe sólo por el placer de escribir. Larra sabe bien que se escribe para los demás, para llegar a otras almas y despertar en ellas nuestro eco. Y qué envidia por la perfección con que dice, y qué dolorosa fraternidad de hermana menor alcanzada aunque por distintas causas con la misma pena, he experimentado muchas veces al leer aquellas palabras o quejas suyas de "Horas de Invierno": "Escribir y crear en el centro de la civilización y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie; necesita irradiarse como la luz, del centro a la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine, en la capital del mundo moderno, es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre que es dicha para ser oída. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un

libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta."

¡Amarguísimos y nobles lamentos! Más amargos aún porque Larra tiene sobre la literatura las mismas revolucionarias ideas que sobre las demás actividades humanas. Ahora mismo, en este momento, cualquiera de los más grandes escritores revolucionarios del mundo entero, sin excluir ningún nombre, se honraría firmando este trozo en el que Larra se reúne con ellos, los alcanza con las botas no ya de siete leguas sino de cien años de su genio: "Rehusamos pues lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo a la expresión y nada a la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo, en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no *como debe ser* sino *como es* para conocerle; literatura en fin expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo." Yo confieso que en ningún escritor de nuestros días he encontrado por tan admirable manera sintetizados sin que falte ninguno todos los caracteres que debe tener la viviente literatura de hoy, de 1937. Ni parece de un escritor de hace cien años esta frase de la que creeríamos que aún conserva fresca la tinta: "Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera del círculo de la revolución social en que empezamos a interesarnos, es tiempo perdido, pues sólo podría satisfacer ya a la última clase (la privilegiada) y esa no es la que se alimenta de literatura."

Pero por si esto fuera poco, o si fuera poco claro, hay más. Larra ha comprendido que la literatura no se determina a sí misma, sino que es determinada por el carácter

de la sociedad en que nace. Ahora saber esto es muy fácil, es casi un lugar común. Pero entonces, se necesitaba una prodigiosa agudeza de visión para descubrirlo. ¡Y con qué fuerza llena de gracia proclama su pensamiento! "Pero una unidad admirable lo encadena todo, —dice— y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no sólo no han dado ningún impulso nuevo, sino que lo han recibido, acaso sin saberlo. Víctor Hugo y Dumas han querido y creído ser originales, cuando no eran más que unos plagiarios de la política, porque la literatura es y será siempre no una causa sino un efecto. La literatura no puede ser el bautista; harto hará con ser el apóstol." Pisamos con esto, como cualquiera puede darse cuenta, el terreno firme del materialismo histórico. En el momento en que Larra lo expresa, faltan todavía diez años para que esa verdad, unida o otras mayores, sea formulada como un gigantesco cuerpo de doctrina que ha de cambiar la faz del mundo. Pero en medio de la algazara y el estruendoso triunfo de la escuela romántica, cae sin ser oída, como secreto de agonizante, de los labios de "Fígaro" ya marcados por la inmediata muerte.

V

Tal fué, tal *es* Mariano José de Larra. Todo el mundo sabe, —acaso es lo que más sabe de él el común de las gentes,— que se suicidó a los veintiocho años no cumplidos, ciego de amor por una mujer que no lo amaba. Tan vasto universo, en que bullían quién sabe qué grandiosas posibilidades, que a pesar de su precoz madurez no había alcanzado aún la natural madurez de los años, se aniquila a sí mismo vencido por el amor. ¡Aquella Dolores Armijo, frívola, espiritual, intrascendente, seductora! Durante los tres últimos meses de su vida, después de la inútil fuga a Francia, —porque es evidente que "Fígaro" quiere huir de ella

y de sí mismo— a medida que esta mujer se le escapa cada vez más y le quita poco a poco toda esperanza, el espíritu de Larra se hunde en sombras de hielo. Sus obras se vuelven negras. Las cuatro últimas y más famosas: "El día de difuntos de 1836", "La Nochebuena de 1836", la oración fúnebre en la tumba de su gran amigo Campo Alange, y la crítica del drama "Los Amantes de Teruel", no son ya más que fascinadoras lágrimas, sollozos ahogados que en vano quiere ocultar, jalones que van marcando la pendiente en cuyo fondo está el irremediable suicidio.

Los que recogieron su cadáver; los que alzaron el féretro y lo hundieron en un nicho del cementerio de Fuencarral, para irse después a calumniar su memoria, a contar anécdotas falsas, a desfigurar su rostro, esos creyeron que habían asistido al postrer acto, a la definitiva resolución del drama. Pero nosotros, a cien años de distancia, vemos ese futuro que llegó después de la muerte de "Fígaro" y que es para nosotros el pasado; vemos erguirse en él al muchacho genial, al joven Maestro, despierto ya para siempre tras su breve descanso, y con agudos y audaces ojos de los que han desaparecido las lágrimas, tender una mirada de victoria por su España, por la heroica España de las milicias populares y aún —pues la mirada de los muertos llega más lejos que la nuestra— por la España feliz que está naciendo entre sangre. "Fígaro" ya no tiene boca hecha de carne, de esta débil carne que necesita los besos, que los ansía y los reclama, que por ellos muere. Su boca no está hecha ahora más que de radiante materia de inmortalidad, y repite en el alma de cuantos lo conocemos y lo amamos sus palabras de antaño, sus palabras de hoy: "El mundo debía encontrar al fin, en política como en literatura, la libertad para que nació".

Nydia Lamarque

EDUCACION

LOS FINES DE LA UNIVERSIDAD (1)

PRIMERA PARTE

I

Después de haber fijado los puntos capitales del problema de la autonomía con el propósito de señalar en primer término nuestra obligación constitucional de sancionar de una buena vez la ley que contemple la independencia universitaria, y de haber consignado los aspectos esenciales de nuestra solución, sobre la base de los principios de libertad que ordenan nuestra vida individual, social y política, los que deben conducirnos hacia un optimismo sano, aunque sin abatir el espíritu de crítica y la dilucidación razonada de todos sus problemas, fuerza es que aborde otro lado de

(1) Hace ya varios años, ejerceindo las funciones de Senador, abordé el estudio de los problemas universitarios de fondo, con la pretensión de contribuir con mi grano de arena a la organización definitiva de nuestra Universidad, Reuni con tal fin un sinnúmero de antecedentes e hice múltiples apuntes y notas, para formular un proyecto en materia tan compleja y difícil.

Llegué así a fijar mis ideas sobre algunos puntos de conjunto y hasta a comenzar un esbozo de articulado y a escribir una exposición de motivos sobre ciertos aspectos capitales del vasto problema.

Causas de muy diversa índole impidiéronme que llevara a término esa aspiración que acaricié durante largo tiempo, e hicieron que dejara un tanto olvidados los borradores que en esa oportunidad bosquejara.

Un amable pedido de la direccin de la revista "Aportación", me indujo a publicar, en Julio de 1935, en el No. 3 de esa revista, la primera parte de la referida exposición de motivos que trata de "La autonomía universitaria".

El trabajo que va a continuación es la segunda parte de dicha exposición de motivos, que accedo a publicar, pensando en que podrá tal vez servir, como débil contribución a la solución de estos graves asuntos, todavía en pié entre nosotros.

Escritos estos apuntes allá por los años de 1929 y comienzos de 1930, bajo el régimen de la Constituci2n de 1917, hacen, naturalmente, referencia a ella y al estado jurídico y político de la época.

la cuestión universitaria, tal vez el más importante y primordial.

Si acordamos gran valor para el futuro universitario a la consagración legal de la libertad de acción, tanto o mayor debemos atribuir, no tan sólo a la determinación, en la ley, de los fines que deberán desarrollarse al amparo de la autonomía, sino también a que las autoridades que dirijan esa reconstrucción, inspiradas en dichos fines, puedan hacerlos prácticos por los medios que otorgará esa libertad y lo demás que a su alcance coloque la ley a dictarse, —que vanos serían todos los artículos de una pragmática sin un espíritu que vivifique su letra fría, y sin un entusiasmo que empuje la obra y una comprensión de los asuntos a dilucidar y resolver que baje del intelecto a la realidad de la acción.

Así creo, que si hay que proceder bien, y esto es lo capital, debe prepararse la labor con una absoluta claridad del concepto de lo que debemos realizar.

Comparto, a este respecto, el juicio de valor que el doctor Dardo Regules colocaba en la base de su exposición de motivos del proyecto que presentó sobre la organización universitaria a la Facultad de Derecho en diciembre de 1922.

"En la organización de la Universidad futura, hay problemas substantivos y problemas adjetivos, *los dos absolutamente imprescindibles y necesarios,* pero a condición de que el director de enseñanza conserve, siempre, en su espíritu, esa doble categoría, generalmente olvidada en la propaganda y en la realización educacional, con perjuicio de la obra y del porvenir.

Los problemas que afectan a la *organización* son siempre *adjetivos.* Y se comete una irreparable falacia al convertirlos en *sustantivos.* Cuanto se relacione *con los fines* de la enseñanza es *lo esencial* y realmente sustantivo de la Universidad. Si la Universidad debe ser *profesionalista* o *desinteresada* o ambas cosas a la vez; si debe ser esencialmente *científica* o *práctica*; si debe tenderse a las Universidades *humanistas* o a las Universidades *técnicas*; si necesitan una *filosofía dirigente* o no; si debe orientarse la obra

hacia la investigación de la realidad nacional, y en qué grado puede llegarse a la restauración nacionalista de la enseñanza."

Y más adelante agrega: "Estos problemas deben plantearse y resolverse, como artículo indeclinable, a fin de que sepamos, en *concreto*, qué rendimientos pretendemos sacar de la obra universitaria."

No puedo transcribir todo lo que a este respecto se expresa en la Exposición de motivos, aunque bien lo merecería por lo sustancioso y atinado; pero no resisto a recordar lo que dice sobre la aplicación de esos principios al caso de la revolución universitaria argentina, que no debería servirnos de modelo aunque más no fuese por estas categóricas verdades aducidas.

"Lo que se ha ofrecido como remedio contra la parálisis, la incapacidad o simplemente la indiferencia insensible de los organismos dirigentes, ha sido la irrupción juvenil en las deliberaciones académicas. Y el remedio ha sido el apropiado, sólo que se ha convertido el *problema electoral en el sustantivo y único*... La revolución no ha tenido, en gran parte, sino un contenido electoral. Se ha creído, salvo excepciones, que una vez que los estudiantes y los profesores se sentaran en los sitiales académicos, todo estaba curado.

Y "lo electoral", de *medio*, se convirtió en *fin*. El desenlace no podía dejar de producirse. Esa evolución sin programa concreto, fuera de la parte electoral, después que ha estado triunfante, no ha tenido una nueva verdad para infundir en la obra, y la victoria ha llegado en ciertas partes, hasta llevar el tumulto al sitio de las emulaciones académicas. Producto, todo ello, de muchas razones coincidentes, pero también de esta corriente falacia que consiste en olvidar la categoría de los problemas, que exige que se dé a cada uno su sitio en la renovación."

En el mismo orden de ideas, he creído de capital importancia la determinación clara en artículo separado de la misión de la Universidad. El artículo... del Proyecto dice: "Por medio de los órganos que la constituyen y de los que

podrá crear, cumplirá los dos grandes fines de enseñar la ciencia hecha en todas sus manifestaciones y de investigación en todos los órdenes de la cultura."

Esta redación me aparta un tanto de los que han escrito sobre estos temas entre nosotros.

Debo explicitar bien mi pensamiento, no sólo por la circunstancia apuntada, sino también porque la misión que se señale a la Universidad ha de condicionar una infinidad de consecuencias que habrá que admitir si se quiere llenar el indicado fin.

Vasto, muy vasto, es el objeto que señalo; pero considero que no valdrá la pena organizar de nuevo tan importante institución, si no es para obtener, o entrar en el camino de conseguir, el máximo de rendimiento social y cultural que es nuestro ideal alcanzar.

No voy a reafirmar mi fe en que este programa ha de cumplirse por nuestros universitarios cuyo patriotismo realizará el esfuerzo suficiente para ponerse a la altura de su misión.

Lo que quiero decir es que desearía que se realizase sin impaciencias, ajustando, sin nerviosidades ni pesimismos, los medios a los fines, empezando por lo que debe empezarse, a mi juicio por la debida formación del profesor, enviando a nuestros elementos más preparados y más entusiastas por aprender, al extranjero, en busca de la preparación superior que pueda faltarles.

Considero que esto es lo sensato; y que entre tanto, la Universidad podrá determinar el plan de actividades a desarrollar y la creación de Facultades o Institutos que sean necesarios para la debida consecución de tales fines.

Uno de los puntos esenciales, pues, a resolverse previamente es la determinación de un número de becas que sea suficiente para conseguir el resultado buscado.

Sin duda el plan deberá ser fijado por la propia Universidad en virtud de la autonomía que se le reconoce constitucionalmente y, en rigor, sólo entonces podría saberse cuántos profesores o titulados deberán enviarse al extranje-

ro; pero como ese plan tendrá que ser objeto de meditaciones ulteriores, habrá que proceder ahora un poco empíricamente colocando un número de becas en esta ley, determinado un poco al azar, sin perjuicio de modificarlo racionalmente en cuanto la Universidad entre en posesión de sus destinos y tome conciencia de lo que se propone.

Excusado es decir que la Universidad, en uso de su autonomía, podrá abordar desde luego otras reformas que el estado de preparación de sus profesores permita, sin perjuicio de los recursos necesarios que el Estado no deberá escatimarle.

Volviendo al tema principal que estaba tratando, me propongo ahora discutir y determinar cuál debe ser el alcance del artículo..., pues nada es más necesario que una amplia dilucidación de los fines que ha de abarcar la acción de nuestra Universidad.

El doctor Regules en uno de los párrafos anteriormente citados opone la Universidad profesionalista a la desinteresada.

En el mismo sentido se ha manifestado otro distinguido escritor, el doctor Carlos Quijano, en una serie de artículos muy interesante sobre "Reforma Universitaria" publicados en el diario "El País". A su juicio es nuestra Universidad una fábrica de profesionales y nada más, una máquina de producir abogados, médicos, ingenieros, etc.; y "puesto que tiene como función única hacer profesionales, es una Universidad cerrada, de casta, alejada del pueblo", y por lo mismo es "un instituto sin relación directa con la realidad nacional".

Como si esto no bastase, se agrega que la misma función que cumple, que es la mitad de la que debe cumplir, la cumple mal.

¿Por qué? He aquí el razonamiento. Siendo su finalidad puramente profesionalista, su enseñanza es híbrida, mezcla confusa de disciplinas culturales y de materias prácticas. Encuentra el articulista que hay "confusión de materias, vagamente llamadas desintersadas, con las que guardan estrecha relación con el oficio", y esta confusión "impide que el oficio se aprenda bien".

En resumen, el doctor Quijano glosa una idea ambiente que pretende que la Universidad no llena bien ninguna de sus funciones: la cultural porque no existe, la profesional porque no es bastante profesional.

El remedio surge del planteamiento del problema. Como "nunca la Universidad podrá dejar de tener escuelas de formación profesional", a los que "quieran ejercer una profesión, les dará una enseñanza esencialmente práctica" y "les exigirá el conocimiento de su oficio". Como, además, debe ser su fin altamente cultural, "se convertirá en centro de investigación científica, dentro de la mayor libertad posible", y les exigirá "el conocimiento de los métodos de investigación, la realización personal de investigaciones, etc."

Idéntica disección, aunque con un acento mayor de pesimismo, hacía Adolfo Posada en su libro "Política y Enseñanza".

"Las Universidades españolas a penas si se han dado cuenta de su misión y de sus funciones en la vida contemporánea. Muertas salieron del antiguo régimen y muertas han continuado durante el régimen centralizador de nuestros tiempos". Si así no hubiera sido, continúa, se habrían transformado en lo que son las de otros países: en centros de formación científica y pedagógica y de acción social; "en suma, en verdaderos *centros de cultura nacional*".

"El ideal, agrega, no la realidad, de la Universidad de España, es todavía el de una escuela profesional: escuela de médicos, de abogados, de farmacéuticos; ni aun siquiera se separan de este ideal, las dos Facultades *desinteresadas* por excelencia, de Ciencias y de Filosofía y Letras, toda vez que a ellas se va, no tanto con el deseo de educar el espíritu en la investigación de los altos problemas de la naturaleza, de la vida y de la historia, y de hacerse hombre de ciencia, en el pleno sentido de las palabras, como para obtener un título *profesional* que capacite, v. gr. para ser Catedrático de Instituto o de Facultad: lo de saber o no saber

bien las cosas que los planes de las diferentes enseñanzas exigen, es secundario, cuando no accidental."

Deplora el gran profesor español que tan luego las Facultades de Ciencia y Filosofía no hayan prescindido en absoluto de su carácter profesional y utilitario, siguiendo el ejemplo de Francia donde la reforma pedagógica, "base y razón de toda la reforma universitaria, la autonomía inclusive", se inició principalmente en las Facultades de Letras y de Ciencias (páginas 100 y 101).

Y para que el parangón sea más perfecto entre la crítica que se hace a nuestra Universidad y a las de España, añade Posada que no solamente la Universidad como "escuela de la vida, preparación para el desempeño útil y eficaz de unas cuantas profesiones, constituye lo que *debe ser* la Universidad para la mayoría de las gentes universitarias y no universitarias", sino que, por causas que enumera, "la Universidad española, ni aun como escuela preparatoria de las profesiones puede considerarse. Es bien notorio, que a penas sale nadie de las aulas, en disposición de ejercer con éxito su profesión, los médicos y los abogados, una vez declarados tales, por el jurado de exámenes correspondiente, empiezan, puede decirse, su carrera; entonces (después de haber perdido quizá los mejores años de aprendizaje) es cuando tienen que comenzar su verdadera educación práctica". (Ob. cit., págs. 102 y 103).

Mucho más podría espigar en este análisis despiadado de la Universidad española; pero bueno será poner fin a estas citas para ensayar a mi vez la crítica de estas opiniones ya que se esgrimen análogamente contra la actual Universidad uruguaya, siempre con la esperanza de llegar a resultados en que podamos encontrarnos como en terreno común, todos los que deseamos propender a la transformación de esta última.

Empezaré por declarar que convengo en que nuestra Universidad está lejos de ser un organismo completamente evolucionado y que satisfaga por entero nuestras aspiraciones.

Posiblemente no podré dar la explicación acabada del por qué de su situación actual; pero, cierto es que no ha sido muy favorecida por el Estado, ni con la libertad de acción suficiente, ni con los medios necesarios para su desarrollo, por lo cual no sería justo atribuir a ella sola su relativo atraso.

Me urge decir además que no creo que existan causas irremovibles de retroceso o estancamiento y que pueda asegurarse, como se ha hecho más de una vez, que en ciertos sectores universitarios reina una tendencia refractaria a todo progreso y que tales males puedan considerarse como fatales e irreductibles.

Creo firmemente que tal cosa no puede ser un mal permanente en nuestra Casa de Estudios; que si en momentos dados pueden obrar factores de retroceso, pues todo organismo vivo está expuesto a ellos, el juego libre de los elementos activos universitarios, ayudados por una organización más racional y de los recursos necesarios, ha de corregir los males que actualmente se advierten y ha de colocar al Instituto en condiciones de progresar conforme a nuestras más caras esperanzas.

Y en tal sentido, hasta debemos congratularnos de que nuestra propia Constitución haya resuelto afirmativamente uno de los problemas capitales, el de la autonomía, que, por lo mismo, lejos de detenernos en medio del camino, debemos contar con sus facilidades para entrar de lleno a la reorganización de nuestro gran centro de cultura.

Dicho esto, agregaré que no estoy enteramente de acuerdo con las críticas aludidas porque, como resultará de lo que sigue, tengo un criterio algún tanto diferente respecto de cómo llena su función nuestra Universidad y de cómo debe llenarla.

Me parece exagerado decir que no se realiza en ella cultura superior alguna. Difícil es colocar estas cuestiones en su justo punto de vista; pero lleva a ese fin el no olvidar lo que ha producido la Universidad y lo que tiende a producir.

El propio Posada, con su pesimismo inadmisible, dice cosas, como la que sigue, que mal se avienen con aquella tendencia: "Giner, Cajal, Salmerón, Azcárate, Hinojosa, Menéndez y Pelayo, Simarro, San Martín, Orti y Lara y otros de significación análoga, son todos hijos predilectos de las pobres y desmedradas universidades españolas, y en ellas han trabajado o trabajan con el buen éxito de todos conocido." (Ob. cit., pág. 97).

Nosotros podríamos decir algo análogo y si no es dable citar eminencias mundiales como algunas de las mentadas por Posada, bien podríamos decir que, en general, de la Universidad ha salido la casi totalidad de nuestros más distinguidos o eminentes hombres de ciencia, funcionarios, políticos, educacionistas, financistas, magistrados, etc., y que ha constituído y renovado una "élite" que está lejos de significar la formación de "una casta" ni nada parecido, sino el cultivo de las superioridades que son absolutamente compatibles con nuestro espíritu fundamentalmente democrático.

No exageremos, repito; no afirmemos sin bastante meditación que en nuestra Universidad no se realiza cultura superior, cuando tanta cultura ha derramado a manos llenas, y lo advertimos nada más que examinando sin preconceptos nuestras instituciones adelantadas, nuestra función judicial ilustrada y proba, nuestras prácticas políticas respetuosas del derecho de todos; y si por cultura superior entendemos pura y simplemente "la investigación" ¿quién podrá negar que no somos extraños a sus corrientes y hasta que quienes no comulgan enteramente con los defensores de la Universidad declaran, porque es la verdad de los hechos, que ella ha dado frutos apreciables en los Institutos de Medicina experimental, en la hoy Facultad de Química y Farmacia, en la de Veterinaria, en la de Agronomía y en la Escuela de Comercio?

No nos empeñezcamos demasiado. Pongamos las cosas en su punto, con espíritu crítico, es cierto, que tantos beneficios reporta, pero sin despreciar lo que hemos conquistado, aunque no sea de gran volumen, pero que revela la sana tendencia y la conveniente orientación.

Y excusado es decir, que la visión de lo real y verdadero, no puede ser óbice para que desconozcamos que recién estamos en el comienzo de una reforma de fondo que habrá que acometer con empeño para que rinda los frutos que tenemos el derecho de esperar.

Se me ocurre también exageración, por más que surja de labios muy autorizados, la aseveración de que la enseñanza no es bastante profesional en nuestras Facultades.

Ignoro con exactitud lo que ocurre en España, pero me interesa observar que aquí sólo se aduce el caso de los abogados que no salen de su Facultad armados de todas las armas para la lucha jurídica, pues nadie, entre nosotros, puede con justicia acusar, por ejemplo, a las Facultades de Medicina, Odontología, Farmacia, Agronomía o Arquitectura, por ejemplo, de no formar verdaderos profesionales.

Es bien sabido que un médico, un farmacéutico, un arquitecto, para no citar otros profesionales, recibidos en nuestros centros de cultura universitaria, pueden cumplir debidamente su profesión desde el primer día de haber abandonado los claustros.

La crítica se limita, pues, a los abogados. Esta misma limitación ya revelaría su debilidad, con respecto al Ente universitario.

Cierto es que la enseñanza práctica es imperfecta en nuestra Facultad de Derecho.

No se ha encontrado todavía el medio de hacer verdaderas clínicas en las ciencias del derecho.

Pero ello no significa que tal imperfección sea un signo cabal de la falta de suficiente "profesionalismo" en el plan de esta Facultad.

Es indiscutible que no se necesita reformar la Universidad para corregir este mal, como no se necesitó la reforma para que los estudios prácticos sean hoy más "profesionales" que lo que eran antes de crear la cátedra de Práctica Forense.

Sin duda será preciso hacer más vividas estas prácticas, menos artificiales, ponerlas en mayor contacto con la realidad del movimiento de los Juzgados y Fiscalías. ¿Habrá que llevar expedientes reales a los cursos para hacer análisis y síntesis, haciendo de las clases de Procedimiento verdaderas clínicas judiciales, o se escogitará algún otro medio de llegar al resultado apetecido, que, sin duda, presenta serias dificultades en la experiencia?

De todos modos, no se advierte que éste sea un vicio de "nuestra Universidad" por ser poco "profesionalista", ni que sea forzoso cambiar la organización misma de la Universidad para corregirla.

Se concibe fácilmente que estas reformas, como la que creó la cátedra de Práctica Forense, pueda llevarse a cabo en cualquier momento, sin cambiar una coma al orden funcional de la Casa de Estudios.

II

Otra confusión, de mayor trascendencia a mi juicio, es la que viene haciéndose de un tiempo a esta parte, entre estudios profesionales y estudios de investigación.

Creo que es muy conveniente aclarar este punto sobre el que se insiste demasiado como el de una cerrada oposición.

Se afirma que los primeros son enteramente interesados, en tanto que los segundos son totalmente desinteresados, y estas tendencias se acusan constantemente y sin excepción.

No es exacta, a mi juicio, esta concepción. La oposición no es enteramente verdadera, pues el estudio profesional puede ser parcialmente desinteresado, aunque sin perder su carácter propio, del mismo modo que el de investigación podría presentarse, según los casos y propósitos, en parte interesado y con cierto fin profesional, sin perder su carácter esencial desinteresado.

El primer punto se prueba fácilmente con la misma observación que se hace de contrario respecto de que actualmente se mezcla "lo cultural" con "lo profesional" en Derecho, por ejemplo, dando por resultado un aminoramiento de las finalidades prácticas que la Universidad debe perseguir como uno de sus propósitos cardinales.

Obsérvese que esa "cultura" que se introduce, no es exactamente el elemento "investigación" que después se nos presenta como único "desinteresado", y por lo tanto "cultural". Hay a este respecto una pequeña confusión que conviene desvanecer.

Si la Economía Política, las Finanzas, la Filosofía del Derecho y gran parte del Derecho Constitucional no son puramente "prácticos" en la extensión que tienen en nuestros programas universitarios, no es porque en esa propia medida sean disciplinas "de investigación". Se admite así, implícitamente, que existe algo "cultural", o sea "desinteresado" que no es, sin embargo, propiamente tarea de investigación.

Esa Filosofía del Derecho, esa Economía Política, esa Sociología, son evidentemente "cultura" para los estudiantes de Derecho, porque no tienden directamente a formar el profesional, porque no buscan conseguir ninguna aptitud práctica del abogado, pero no son "investigación", porque tienen por efecto enseñar lo ya sabido en esas ciencias sociales o filosóficas. Esa cultura es, pues, desinteresada, en cierto modo, respecto del fin artístico o profesional del Derecho, aunque no tienda a hacer ciencia nueva.

Se patentiza así que existe otra clase de disciplinas culturales que las que proporciona la investigación.

¿Por qué son culturales ciertas materias de estudio?

No es posible desconocer que algunos estudios por su naturaleza son más culturales que otros respecto de un propósito profesional dado; pero no existe misterio alguno en todo esto.

Bien a la vista está que ello obedece a que los más "culturales" presentan un carácter más puramente científi-

fico, y por lo mismo impersonal, que los que persiguen una aplicación profesional.

En esto reside, a mi juicio, el origen de la verdadera distinción. Hay ciencias puras y ciencias aplicadas. La diferencia no es absoluta, sin embargo, porque hay ciencias que están más cerca de la aplicación que otras. Es lo que ocurre con la propia Economía Política, en comparación, por ejemplo, con las Matemáticas puras.

Esta vieja y conocida división de las ciencias lleva a R. Anthony, profesor en el Museum de Historia Natural de París, a sostener que no existen sino dos Facultades, la de Ciencias y la de Letras, de valor igual. "Todas las otras Facultades que se agrupan con ellas, Facultad de Derecho, de Medicina, de Farmacia, no representan propiamente hablando, más que Escuelas profesionales que es tal vez natural anexar, en el seno universitario, a las Facultades verdaderas, la Medicina y la Farmacia a las Ciencias, el Derecho (y también la Teología) a las Letras, pero que no se podrían poner bajo el mismo pie de igualdad. Las Facultades tienen por función enseñar los conocimientos, tomado este término en su acepción más estricta y más rigurosa; las Escuelas profesionales tienen por función enseñar las aplicaciones de los conocimientos." (Enseignement universitaire et Enseignement supra-universitaire. Revue Scientifique, marzo de 1927).

En consecuencia, Anthony sostiene que "convendría llevar a la Facultad de Ciencias todas las disciplinas científicas que la Medicina y la Farmacia utilizan y a la Facultad de Letras todas las disciplinas literarias que utiliza la práctica del Derecho. Así, las cátedras de Anatomía, de Histología, de Fisiología, de Patología de la Facultad de Medicina deberían ser entregadas a la Facultad de Ciencias, en tanto que la Cátedra de Clínica y Terapéutica quedarían en la Escuela profesional de Medicina. De la misma manera las cátedras de Derecho Romano y Economía Política de la Facultad de Derecho pasarían a la Facultad de Letras, en

tanto que la cátedra de Procedimiento quedaría en la Escuela profesional de Derecho."

Esta definición especial de Facultades, muy distinta de la que el uso ha consagrado, lleva al distinguido profesor a forjar una ordenación de los estudios universitarios muy diferente de la actual, cuyas grandes ventajas analiza, encontrándole inconvenientes de escaso valor.

No discutiré que sea muy racional y científica esta ordenación de los estudios universitarios; pero si muy interesante es encontrar el modo de enseñar las diversas disciplinas científicas para que den el mayor rendimiento, en realidad el problema nuestro, más inmediato, es el de la preparación del profesional y en especial si debe ser más cerrada la tendencia profesionalista cuando de formar al profesional se trate.

Y en rigor el problema no se resuelve determinando en qué centros universitarios seguirá sus estudios, sino a qué clase de estudios conviene someterlo.

La cita de Anthony sólo me conduce, pues ,ahora, a demostrar la necesidad de separar los estudios relativos a las ciencias o letras en sí mismas y los que tengan que ver con sus aplicaciones, y a confirmar la opinión de que los primeros presentan carácter desinteresado, siendo interesados por naturaleza los segundos. De la cita de Anthony es útil retener también la doctrina que separa, para agruparlas de diferente modo, las disciplinas que tienen carácter de ciencias puras, de las que lo tienen de ciencias aplicadas, siendo éstas profesionales, y las primesas culturales.

Quedaría en pie el problema pedagógico de saber si sólo aplicaciones de ciencias debemos enseñar al profesional, o si debemos formar más ampliamente su espíritu con ciertos estudios científicos, aunque correlacionados con los de tendencia práctica, que podrá estudiar ya sea en su propia Facultad, o en un Instituto distinto.

El problema, para nosotros por el momento, no es el de una mejor organización de los estudios, en el sentido de mayor economía para el Estado, sino de cómo debe cultivarse el espíritu de un profesional.

Y para mí la solución es clara; por razones generales de cultura humana, como de necesidad propia de nuestro ambiente social, desde que la inmensa mayoría de los profesionales son los que han de dirigir el progreso del país, distribuídos en los distintos órdenes de la administración, de la magistratura, etc., y que las profesiones liberales integran una especie de dirección espiritual del conjunto social, no me parece discutible que debemos mantener en su preparación una buena parte de ciencia, y por eso de desinterés, aunque ella se conexione estrechamente con las aplicaciones estrictamente profesionales.

Por otra parte, tiempo es ya de decirlo, que esa separación entre lo profesional y lo no profesional, no es enteramente precisa. Lo no profesional está a veces íntimamente conectado con lo profesional, en términos tales que no podemos ni debemos separarlos.

La Economía Política y las Finanzas, por ejemplo, pueden ser objeto de estudios de ciencia pura, y mucho ganan sus principios con ser así encarados; pero es evidente que cuando se busca el fin de preparar a un abogado, no es permitido ni sensato separar esos estudios de los que llevan la aplicación de aquellos principios a la resolución de los problemas de nuestro medio ambiente.

Cuando el estudiante se consagra a las Finanzas o a la Economía Política puras, realiza en su espíritu una cultura desinteresada, que a mi juicio, es altamente conveniente para formar mejor su espíritu a la vez que lo prepara para hacer más eficazmente el curso práctico.

Toda esta digresión ha tenido por objeto poner en claro la confusión corriente a que me referí al principio: que no toda cultura superior consiste necesariamente en estudios de investigación.

Existen disciplinas de carácter cultural, no por ser de investigación, sino por no ser de directa aplicación a una profesión determinada, y esa diferencia estriba muy principalmente en la distinción corriente entre ciencias teóricas y aplicaciones de ciencias.

Pero es bueno agregar, de inmediato, que no hay una profunda separación entre todas las ciencias teóricas y las

aplicadas, y que hay grados en el carácter desinteresado, y, por lo mismo, cultural de las primeras.

Si existen algunas en las que al estudiar sus principios no se sueña siquiera con aplicaciones, hay otras, en cambio, que sirven de teoría para una práctica determinada y las hay también que son o no prácticas según la manera como se encare su estudio.

Es así que los casos citados de la Economía Política y las Finanzas, como los del Derecho Constitucional teórico o la Filosofía del Derecho (que no son cursos de investigación), son culturales por sí mismos, porque esas ciencias no forman directamente la aptitud práctica del abogado; son desinteresadas, como digo más arriba, respecto del fin artístico o profesional del Derecho.

Y es evidente que estos estudios son más "culturales" que el Procedimiento Civil o Penal o que el estudio liso y llano, aunque explicativo, del articuado de los Códigos Civil, Penal o de Comercio.

Asimismo es indudable que una materia reputada "profesional" en general, puede serlo en muy diversos grados según el espíritu y la forma como se lleve a cabo su enseñanza.

Si los Códigos Civil, Penal o de Comercio, por ejemplo, son presentados tan sólo para que se aprendan sus disposiciones con el objeto de aplicarlas bien cuando se tenga que ejercitar la profesión, resultarán, como digo antes, exclusivamente profesionales o interesados. Pero, si se estudian esas mismas disposiciones con el propósito muy distinto de buscar su origen, su evolución en el tiempo o en el espacio, o sus relaciones con el estado social de una época, de un país o de un grupo de países, semejante enseñanza será propiamente "cultural" por estar alejada del ejercicio de la profesión.

Mucho me interesaba llegar a esta conclusión que formularé así: en un cuadro en el que no figuran sino dos grupos de disciplinas, las profesionales y las de investigación, no habría cabida para esa otra clase de cultura, evidentemente necesaria en una Universidad bien ordenada, aunque no sea de investigación ni estrictamente profesional.

José Pedro Massera.

N O T A S

LA POLITICA DEL BUEN VECINO

> ...Que este sea el principio de una nueva era, de un gran renacimiento de los esfuerzos cooperativos de América, para estimular y restablecer todos nuestros asuntos materiales, morales y espirituales, y para levantar un edificio de paz que permanezca por siempre inalterable; que cada nación americana exceda a las demás en la práctica de la política del buen vecino; que la sospecha, los malos entendimientos y los prejuicios sean abolidos del espíritu y del corazón, y que en sustitución de ellos tengamos amistad y sentido de cooperación, y una unidad de propósitos firmes para estimular la felicidad de todos nuestros pueblos; que cada nación acepte gustosa el escrutinio que se quiera hacer de este espíritu y de la manera con que lo lleve a la práctica; que la acción, y no más que las palabras, constituyan la prueba de la conducta y de los propósitos de cada gobierno, demostrando en todos sus actos y prácticas, sinceridad de propósitos y el altruismo de sus relaciones como tal buen vecino...
>
> (**Cordell Hull.** Discurso inaugural de la VII Conferencia Internacional Americana de Montevideo).

> ...Todos hemos disfrutado de las glorias de la independencia. Vayamos ahora en pos de las que nos depara la interdependencia, en el terreno común del entendimiento y de las ayudas mutuas...
>
> ...Al buscar la paz, quizá sea mejor empezar por proclamar altamente la fe en las Américas: la fe en la libertad y su realización por la justicia, que ha demostrado ser, en medio mundo, una fortaleza inexpugnable a todo ataque...
>
> (**Franklin D. Roosevelt.** Discurso inaugural de la Conferencia Americana de la Paz, de Buenos Aires).

Mr. Summer Welles, Subsecretario de Estado en el Gobierno de Wáshington y vocero del Presidente Roosevelt, difundió por radio el 19 del actual mes de julio, un discurso que ha de ser memorable en los anales de la diplomacia continental, porque otra vez viene a dar razón a André Siegfried, cuando afirma, con cúmulo de observaciones, en su reciente libro sobre América, que en ninguna parte del mundo halló mayor contradicción entre las palabras y los hechos como en los Estados Unidos.

Olvidando los sufrimientos ocasionados a los inermes pueblos antillanos, desde que fué embajador en La Habana y su responsabilidad flagrante por los choques sangrientos y los procedimientos inquisitoriales que determinaron el encumbramiento del sargento Batista y la posterior caída de los dos presidentes constitucionales más cultos y democráticos que Cuba tuvo, porque no se rindieron al torvo capricho de la diplomacia imperialista, y después de cantar loas al falso panamericanismo de la VII Conferencia Internacional de Montevideo y de la Conferencia por la Consolidación de la Paz, de Buenos Aires, Summer Welles hizo hincapié sobre la nueva política yanqui, explicándola como la del vecino que se respeta a sí mismo y que por hacer tal, respeta los derechos de los otros, y agregando que "los Estados Unidos han seguido todo un programa de rectificaciones con tenaz sinceridad y que en sus relaciones con las otras repúblicas de este hemisferio, se han esforzado por remover, mediante negociaciones amistosas, todas aquellas injusticias que anteriormente enturbiaron su trato con los países del sur".

Luego dijo que "mediante la renuncia del anterior sistema dominante e insistiendo en el derecho inherente de cada pueblo soberano a estar libre de toda intervención extranjera en sus problemas internos, no solamente se ha contribuído a revitalizar la moral internacional, sino que también se ha ganado amistades".

Destacó que la del buen vecino no es política en un solo sentido, sino de naturaleza recíproca, diciendo que "el gobierno de Wáshington, en relación con los pueblos americanos, no sólo los trata con escrúpulos y respeto a su soberanía y a sus derechos nacionales, sino que también tiene en cuenta las exigencias y dificultades económicas o políticas que de tiempo en tiempo pueden preocuparles, para tener a su vez derecho a esperar similar respeto y equivalente consideración para sí y sus connacionales".

Concluyó su discurso diciendo que "pese al progreso que se observa en el continente, todavía existen ciertas controversias pendientes entre algunas naciones americanas, las que, mientras no hayan sido resueltas, deberán seguir preocupando a las mentes de todos esos hombres y mujeres que exigen la conservación de la paz".

Claro está que Summer Welles no se refirió al palpitante problema de Puerto Rico, que motivó mi anterior Nota en el número de ENSAYOS correspondiente a junio, ni a muchos otros que su gobierno tiene pendientes con la opinión continental, y principalmente a los que darán fundamento a la próxima con el título de "Los nuevos tratados americanos de comercio y su influencia negativa sobre las bases políticas de la economía continental".

Sin duda alguna, Welles funda su optimismo en la supresión de la política de intervención armada, que durante la VI Conferencia Internacional Americana de La Habana, tuvo sus más ardorosos panegiristas

en los intelectuales con que para tales usos contaba la tiranía de Machado; en la desocupación de Nicaragua, Santo Domingo y Haití, y en la supresión de la Enmienda Platt en Cuba.

En el primer caso, los Estados Unidos retiraron la infantería de marina del territorio nacional nicaragüense, después de llevar engañosamente a Sandino a un tratado de paz sin garantías; pero en seguida que el sandinismo quedó desorganizado, el héroe de las Segovias cayó asesinado y la república fué entregada a las fuerzas vendidas al oro de Wall Street, perdurando la ocupación yanqui a través de las tropas cipayas; sin contar que ahora mismo la política del buen vecino está gestionando la construcción definitiva del canal de Nicaragua, a pesar de que continúa la tenaz resistencia centroamericana, desde la primera ofensiva diplomática de hace ochenta años.

De las causas inmediatas a la proclamación de la política del buen vecino, que motivaron la abolición de la Enmienda Platt y del reciente retiro de las fuerzas interventoras en las Antillas, he de ocuparme también en otra Nota. Sólo diré ahora que de Haití salió la infantería de marina cuando el país quedó maniatado y a merced de la voracidad del National City Bank of New York y después que los resortes de la soberanía pasaron a una organización solapada que obedece los dictados del Departamento de Estado de Wáshington, según lo denunciaron con evidencia que rompe los ojos, los viriles panfletos de Jolibois Fils, quien ahora agoniza en las mazmorras de Port-au-Prince.

Todo esto sin contar que el Presidente Roosevelt, según propia confesión en su discurso de Butte (Montana), es autor de la nueva Constitución que el pueblo haitiano repudia con el paroxismo de la desesperación, porque mediatiza el Estado, porque abate las barreras que la república negra había opuesto a la conquista del blanco y porque con ella quedó abrogado el principio, incómodo para la rapacidad yanqui, que negaba a los extranjeros el derecho inmobiliario, proclamado por Dessalines tras raudales de sangre e invariablemente mantenido por cinco generaciones como fundamento indestructible de la independencia nacional.

Aún vibraba el espontáneo y rudo alarde, cuando la conciencia norteamericana se estremeció con las denuncias de "The Nation" de Nueva York, según las que fué con el beneplácito del entonces Secretario de Marina y hoy Presidente Roosevelt, que la infantería de desembarco de la Unión se dedicó a aquella cacería de 3.256 haitianos, confesada sin la menor compunción por su propio jefe, el General Barnett, en el informe oficial de la gestión intervencionista de 1915-21, que insertan tres gruesos volúmenes de documentos del Senado de Wáshington; 3.256 ciudadanos de América que pagaron con la vida su amor a la libertad y recibieron el honor póstumo de ser calificados de bandidos, así como en históricas proclamas se llamaba "brigands" a los bravos españoles que resistieron con sus pechos la cruzada napoleónica; así como la diplomacia amarilla llama todavía a ese torrente de admirables chinos que forman con sus cuerpos gloriosamente mutilados, la nueva muralla que ha de contener la invasión del imperio nipón, vislumbrada antes que los cañones exóticos despertaran la ambiciosa inquietud que dormía en la milenaria policromía de los kimonos, y así como ahora se moteja, y mucho más, a nuestros hermanos de la madre patria, donde a la sombra nefasta de Franco, —el más abominable de los traidores,— siguen empollando los cuervos fascistas y donde Hitler ensaya contra mujeres y niños sus instrumentos de muerte y desolación, con toda su crueldad nazificada, hipócrita y bárbara.

En presencia de las informaciones documentadas de mi anterior Nota sobre "La independencia de Puerto Rico", de las que acabo de enunciar y de las que extractaré en seguida, el corazón se espanta al considerar la tranquilidad y el desenfado con que discuten estos señores de la política y diplomacia yanquis, sobre asuntos como el de la política del buen vecino, que implica la muerte de pueblos hermanos, por la destrucción metódica de sus vidas y riquezas y también de su verbo y de su espíritu, como he de explicar dentro de un momento.

Los lectores de "Ensayos" saben que en la Roma de los emperadores y en la Rusia de los czares, se realizaron crímenes tan abominables como éstos que están ocurriendo en las Antillas y Centro América; pero lo que nadie sabe es que tales cosas se discutieran y razonaran públicamente, con la frialdad alegre y confiada de los mandatarios que organizan conferencias internacionales para rendir actos de contrición y tranquilizar a pueblos vecinos y desprevenidos por el espíritu frívolo de la época y la idiosincrasia específica del carácter indo-americano.

Los czares y los césares, a solas con el absolutismo de sus conciencias, ordenaban degollaciones, saqueos e incendios de ciudades, lo que es menos cruel que esta estrangulación material y espiritual de naciones débiles y engañadas; pero ni los emperadores ni los autócratas famosos de la historia, discutían y razonaban, fingiendo propósitos de enmienda con ánimo de disculparse y obraban así porque sentían dentro de sus almas enfermas la llama roja de un infierno de vibraciones y de cólera insaciable. Y, además, ni los césares ni los czares pretendían pasar por demócratas y tampoco trabajaban para la plutocracia!

* * *

En mi Nota de junio, explicaba cómo el ambiente portorriqueño, preñado de malestar, resentimiento y tétricos augurios, ofrece oportunidades propicias a quienes, amparados en la impunidad, olvidan que las persecuciones son la mejor levadura de cualquier ideal político y que

así se ha visto con sobresalto e indignación, solo superados por el dolor, que las milicias norteamericanas barrieran varias veces con metralla la ciudad universitaria de Río Piedras, matando estudiantes indefensos, y que la historia de la tranquila Antilla, en estas últimas semanas, ha escrito otras páginas de luto, con las atrocidades inauditas cometidas de un extremo a otro de la isla, culminadas por los asesinatos en masa del 19 de mayo, en que perecieron numerosas personalidades que encabezaban las manifestaciones patrióticas de San Juan, como antes había ocurrido en las masacres de Ponce, Arecibo, Utuado, Caguas y Mayagüez.

Accediendo a pedidos formulados por todos los partidos políticos, para que la Liga Americana de las Libertades Civiles, —con sede en Nueva York y de la que forman parte los doctores Ickes y Gruening, respectivamente Secretario del Interior de los Estados Unidos y Director de la División de Territorios y Posesiones Isleñas en el mismo departamento del gobierno,— enviara a Puerto Rico un comité investigador de los acontecimientos denunciados, —a mediados de mayo llegó a San Juan una nutrida delegación de publicistas, legisladores y exmagistrados de los Estados Unidos, presidida por el que lo es de aquella famosa institución, Dr. Garfield Hays, la que empezó por estudiar sobre el terreno de los sucesos todo lo relativo a la masacre de la ciudad de Ponce, ocurrida el 22 de marzo último.

De acuerdo con los excepcionales privilegios de que goza esta Liga, "El Mundo" y "El Imparcial", entre otros diarios portorriqueños, correspondientes al 3 de mayo, publicaron íntegramente el voluminoso informe final del comité, que también fué leído en la plaza Baldorioty, de San Juan, por el propio presidente Garfield Hays y del que voy a entresacar algunos párrafos sustanciales:

"Poco después de las tres de la tarde, —dice en su primera parte expositiva,— los cadetes y estudiantes, uniformados a la usanza de las universidades americanas, se alinearon de cinco en fondo, para emprender la marcha programada por la Junta Nacionalista. Probablemente eran doscientos y detrás de ellos había más de cincuenta señoritas vestidas de blanco. Se tocó el himno nacional "La Borinqueña", y la multitud aplaudió.

"La parada juvenil se realizaba en la calle Luna, entre las de Jobos y Aurora. En esta última esquina está ubicado el club nacionalista. Entre las de Luna y Aurora había alineado un piquete de las milicias, y en Aurora, cerca de Marina, un gran contingente policial formó al centro de la calle. Otros grupos armados se hallaban a ambos lados de la de Aurora, y al oeste de la de Marina, frente al citado club, había otra fila de milicianos. Todas estas fuerzas llevaban una parafernalia completa: carabinas, rifles, revólveres, ametralladoras y bombas lacrimógenas. Los que portaban éstas iban provistos de máscaras de protección contra los gases.

"Cintas cinematográficas y fotografías numerosas, tomadas en el momento, revelan que ni un solo cadete o estudiante llevaba armas, y ésto fué admitido ante el Comité Legislativo por oficiales policíacos. Como usaban su uniforme regular, con negras casacas ajustadas y pantalones blancos, cualquier arma escondida hubiera sido descubierta y resultado fácil a las autoridades registrar a los sospechosos.

"La vista cinematográfica muestra a los estudiantes en formación, luego a las señoritas y detrás de ambos grupos al contingente miliciano, con ametralladoras, al mando de su jefe.

"También muestra a los cadetes y universitarios indefensos y literalmente rodeados por policías y milicias fuertemente armadas. Hasta las azoteas de las casas vecinas estaban militarmente ocupadas. Se nos ocurre pensar por qué las autoridades asumieron tal formación, si su propósito era, como se dijo, el de dispersar a los jóvenes.

"Por fortuna, no tenemos que descansar en testimonios verbales, porque en momentos de excitación la observación personal no es absolutamente segura ni en el caso del mejor testigo. Aquí podemos confiar en nuestro propio sentido de la vista. Un operador de cine y sus ayudantes y dos fotógrafos, habían tomado posiciones en el balcón de la Casa Amy, para sacar vistas de la parada nacionalista, que se iba a realizar después de corridos el permiso y todas las diligencias legales. El operador y los fotográfos tomaron muchas vistas de la cambiante escena. Una de José Luis Conde, del diario "El Mundo", tomada momentos antes de comenzar el tiroteo, muestra a la policía en actitud amenazante, acercándose a los grupos civiles desde el norte. Muestra grandes conjuntos de personas, hombres de todas las edades, mujeres y niños situados en la esquina y frente al club.

"A los pocos momentos de haber sido tomada la fotografía a que se hace referencia, el otro operador, Carlos Torres Morales, de "El Imparcial", habiendo advertido las actividades y la actitud amenazadora de la policía, levantó su cámara a la altura de la vista. Cuando ya estaba enfocando, sonó el primer disparo y luego un fuego nutrido. Fué entonces que tiró la fotografía que figura en este expediente con el número 42, antes de ser alcanzado por una de las balas.

"En esta fotografía vemos prácticamente un nutrido pelotón de agentes policiales en actitud de disparar contra el pueblo.

"El Comité no puede explicar por qué la policía disparaba esta vez no contra los jóvenes uniformados, sino contra los observadores, sin distinción de sexos y edades, a menos que el propósito fuera de obligarlos, con el escarmiento de unos cuantos muertos y heridos, a alejarse del frente del club nacionalista o quizás para sembrar el terror; pero cualquiera de las dos explicaciones sería inadecuada y hay muchos detalles en este asunto que no pueden ser explicados lógicamente.

"La cinta cinematográfica demuestra algo más que el hecho de

que la policía, por su parte, sacara sus armas, lista para disparar: la muestra también en acción. Muestra a los estudiantes y cadetes parados y silenciosos, inmóviles y con las manos bajas. Detrás está con su pelotón el cadete abanderado. Todos estos hermosos muchachos parecen asombrados, observando heroicamente en espera del desastre. Ninguno está en actitud de correr; ni siquiera se mueve. Más atrás aparecen las jovencitas vestidas de blanco, algunas huyendo. Una casi llega a la acera, pero cae herida por detrás.

"El campo fotográfico no alcanzó a la banda de músicos, que estaba hacia el norte; pero sí se ve a unos veinte milicianos detrás de las muchachas, en actitud de disparar sus armas, y la cinta lo revela por los fogonazos y las víctimas que caen.

"Otra evidencia demuestra que después de varios disparos intermitentes, hubo descargas cerradas y simultáneas por tres lados, a las que siguieron otros disparos intermitentes por un largo período, que algunos testigos calculan de media hora. De todos aquellos jóvenes no quedó uno que no fuera herido, muchos varias veces y algunas decenas de ellos fueron recogidos sin vida...

"...El testigo Jenaro Lugo, alto empleado de la municipalidad de Ponce y miembro del Partido Unionista, —lo que lo pone a cubierto de cualquier sospecha de parcialidad,— observó la escena desde el balcón del antiguo convento, que según se verá en el croquis adjunto queda frente al club nacionalista. Había con él dos niñas que según dijo no conocía, la mayor como de trece años de edad. Este testigo tuvo además una vista clara de la escena, pero no se quedó quieto después de comenzar el tiroteo y en su aturdimiento huyó a la calle. A la vista de la policía que le apuntaba, volvió sobre sus pasos, a tiempo de observar que los cuerpos de las niñas caían contra la baranda del balcón. Vió entonces a un miliciano acercarse y acribillarlas a balazos. Los cadáveres de ambas eran tan escalofriantes, que acostumbrado como está el Dr. Pita, médico forense, a escenas horribles, describe con espanto cómo fueron llevados a su clínica. Nuestro testigo no se detuvo frente a este doble asesinato, sinó que buscó refugio en dicha clínica, y desde allí vió a la policía hacer fuego por la espalda contra la multitud indefensa, con sus ametralladoras y rifles de repetición...

..."Hemos referido que cuatro de esta familia habían venido en automóvil desde Mayagüez, desmontando en la calle Jobos y ocupando lugar entre los curiosos que había esparcidos alrededor del club. Rafael Rodríguez Arana, de 18 años, había obtenido tranquilamente algunas fotografías y se disponía a tomar otras, cuando oyó los disparos y vió caer a su padre y a los dos hermanos, acribillados por las balas en el preciso instante que la placa de su cámara retenía la terrible escena en que acabó su familia. A Rafael, que también fué herido mientras se abrazaba al cadáver de su padre, lo arrojaron sobre un camión, dentro

del que vió, entre otros, a un joven brutalmente mutilado, quién con voz lenta y quejumbrosa decía: "Yo soy un guardia nacional, yo soy un guardia nacional", pero no pudo repetirlo por tercera vez, porque un feroz golpe de fusil le privó del resto de vida que tenía.

"Otro testigo, llamado Julio Mendizábal, llegó de Arecibo para ver la parada y refiere detalles horripilantes. Es líder de los nacionalistas de su pueblo. Estaba acompañado de su señora y una hijita y observaba frente al club cuando empezó el tiroteo. La presión y el desorden de la multitud, los arrojó al suelo, donde fué barbaramente taconado por un policía. Así y todo logró llegar con los suyos al local del club, donde reinaba impresionante confusión, viéndose a los heridos tendidos por todas partes y sangrando. No había elementos de curación, ni mujeres que pudieran realizarlas. Con su esposa y algunos heridos leves, usaban las camisas como vendajes. Transcurrieron varias horas antes de que llegara la primera ambulancia, y entre tanto algunos heridos morían por falta de asistencia adecuada. Tratando de conseguir auxilio, su esposa abrió las puertas de la calle, pero una descarga cerrada la hirió en varias partes del cuerpo. En las paredes y puertas aparecen las huellas acusadoras.

"De todas las personas que vinieron de Utuado, catorce quedaron muertas sobre la calle y hubo más de cuarenta heridas, entre ellas algunas niñas con sus uniformes escolares. La directora del grupo escolar, Dominga Cruz de Becerral, refiere lo que vió en forma tranquila pero precisa. La policía, con rifles Thompson, inició el fuego detrás de las alumnas, que echaron a correr con espanto. Una fué gravemente herida y Dominga acudió a prestarle auxilio, advirtiendo que la abanderada de otro grupo de muchachas había caído herida. Ella se dirigió entonces al centro de la calle y levantó la bandera. Le preguntamos por qué lo hizo y contestó con sencillez: "El maestro ha dicho que la bandera debe mantenerse en alto". No podemos evitar el sentirnos humillados por el heroísmo de esta mujer. El maestro es el doctor Pedro Albizú Campos, ahora en prisión, absurdamente acusado de conspirar para derrocar al gobierno de la isla, por lo que ha sido condenado con otros ocho líderes a once años de prisión...

..."Otro de los heridos que vimos en el hospital municipal de Ponce era una estudiante de gran belleza. La suya es otra historia de heroísmo, al tratar de salvar la bandera. Cuando cayó el cadete que la portaba, esta jovencita, que estaba en sitio seguro, corrió a la línea a recoger la enseña de la estrella solitaria y a su vez cayó acribillada a balazos. Alzó los brazos pidiendo misericordia y recibió otro tiro. A esta muchacha, que se desespera salvar, hay que inyectarle morfina para aplacar sus dolores. Cuando la examinamos, contestó con conmovedora suavidad. Le preguntamos si ella portaba armas y se puso enfurecida, diciéndonos: "No; pero ahora quisiera haber tenido una; estaría en el

cementerio, pero habría matado a algunos de los intrusos que tanto hacen sufrir a mi patria."

"Un nacionalista moribundo escribió en la pared del club con su propia sangre: "¡Viva la República, abajo los asesinos!"

"Cerca de la casa donde aquellas niñitas hermanas fueron muertas, ocurrió otro de los actos más terribles. Una mujer fué asesinada a culatazos y cuando su esposo corrió a recogerla y mientras la tenía en brazos, cayó víctima de otra descarga. Murió pocos días después en el hospital y se cumplieron los deseos de acompañar a su esposa a la eternidad. La vida ya no ofrecía alicientes a este hombre...

..."Tan pronto como el juez Sánchez Frasqueri se asomó a la otra balconeta, vió a un hombre que estaba acostado en la calle y trataba de incorporarse. La primera impresión era de que estaba mal herido; pero cuando volvió a acostarse, pudo ver claramente que se había tirado al suelo para salvarse de las balas. Dos milicianos se acercaron a este hombre y apuntaron sus pistolas con intención de ultimarlo; pero el juez les gritó que no lo mataran. Uno de los jefes dispuso entonces que lo llevaran al hospital en la ambulancia, pero luego supo el Dr. Sánchez Frasqueri que en el trayecto la milicia satisfizo sus feroces designios, matándolo a culatazos y patadas.

"Cuando el juez entró en sus habitaciones, después de observar que la calle había quedado despejada, se dió cuenta de que su casa estaba saturada de gases lacrimógenos. La gente que allí se había guarecido, estaba presa de pánico, cuando no había perdido el sentido. Algunos querían huir por temor de que las milicias los ultimaran como en una ratonera.

"Todas las calles adyacentes estaban cubiertas de muertos y heridos. A un vendedor de frutas que tenía su carrito en la esquina del cuartel, la policía le abrió la cabeza con la macana reglamentaria.

"Hubo el caso de un nacionalista que a media noche suplicó al fiscal Dr. Pérez Merchand que lo hiciera prender acusándolo de cualquier delito, porque se consideraba más seguro en la cárcel, ignorando que precisamente a aquella hora eran fríamente asesinados algunos políticos que estaban detenidos.

"El mero hecho de que hubiera centenares de víctimas hasta en los sitios más apartados de la escena principal, demuestra que las fuerzas armadas estaban sedientas de sangre."(*)

(*) Casi todas las fotografías a que se hace referencia en este informe, fueron vistas por los concurrentes a las cuatro conferencias que, con proyecciones luminosas y sobre los más recientes crímenes del imperialismo yanqui, pronunció R. J. Fosalba en el Ateneo de Montevideo y durante los meses de junio y julio.

El extenso documento que vengo extractando, prescindiendo de innecesarios comentarios, termina en su primera parte expositiva con el siguiente expresivo párrafo:

"Cuando empezamos nuestra investigación, objetamos el nombre de Comité Americano para Investigar la Matanza de Ponce. Para referirnos a los sucesos, los denominábamos El Caso de Ponce, o por cualquier otra expresión que indicara nuestro deseo de considerar el asunto objetivamente. Después de haber oído y visto la prueba más abrumadora, hemos llegado a la conclusión de que el pueblo le ha dado a esta tragedia el único título posible: LA MASACRE DE PONCE, que fué más terrible todavía porque se perpetró en tiempos de paz y sin provocación alguna."

* * *

Estoy seguro de que escribo para lectores de espíritu liberal y amplio como el mío. Ello me hace pensar que mis lectores y yo coincidimos en que es un imperativo de la cultura respetar el sentimiento ajeno y las convicciones de los demás, y, por lo mismo, voy a revelarles las torturas y persecuciones inauditas en América, que sufren los portorriqueños en sus tradicionales y arraigadas creencias católicas, precisamente en estos momentos que la diplomacia yanqui pregona la política del buen vecino.

Nada veo de malo, aunque sí mucho de torpe, en el suelto afán de los extranjeros que gobiernan en Puerto Rico y favorecen la expansión política de su patria por medio de la religión.

Nada importa, tampoco, que en la mayoría de los pueblos de aquella infortunada isla, por pequeños que sean, haya una iglesia protestante por lo menos, y que a pesar de este esfuerzo, la religión exótica no haya logrado echar raíces hondas ni extensas en la población nativa, aunque se mire tal esfuerzo con recelo y como una forma más de norteamericanización solapada.

Lo que importa, sí, e importa mucho, y que ha causado incontenible indignación y desasosiego, es que la pugna religiosa y la política del buen vecino, hayan roto los diques y pretendan ahogar lo que más afecta a la fe y al patriotismo de aquel pueblo.

Sin hacer caudal de otras informaciones que poseo, voy a referirme solamente y por segunda vez, al informe de la Liga Americana de los Derechos Civiles, la cual, por el prestigioso conducto de Garfield Hays, recuerda que el 16 de abril es un día de fiesta legal en Puerto Rico, conocido como Natalicio de De Diego. Durante muchos años, el pueblo acostumbra celebrar demostraciones públicas ese día. De Diego fué un gran patriota que vivió hasta 1918 y fué líder del movimiento independientista hasta que a su muerte le sucedió Albizú Campos. El 16

de abril se celebran paradas y demostraciones públicas, y es costumbre de los participantes en la solemnidad escuchar misa y luego ir en romería al cementerio.

Durante los últimos seis años, las solicitudes para estas conmemoraciones han sido formuladas por la Junta Nacionalista. Esta agrupación, a la que están afiliadas más de las tres cuartas partes de la ciudadanía, solicitó el permiso para la solemnidad del año en curso.

Anteriormente los estudiantes iban con sus uniformes universitarios; pero el año pasado fueron como civiles, y lo mismo pensaron hacer en abril último, conviniendo en que no habría discursos en el cementerio al terminar la manifestación pública.

Garfield Hays señala el hecho de que ha debido costar un gran esfuerzo y ciertamente revela una alta comprensión por parte de los nacionalistas, el que convinieran hacer estas concesiones. Generalmente ellos insisten en sus derechos; pero, en consideración al día de De Diego y a las recomendaciones contenidas en el libro "Serenidad" de Albizú Campos, —un código de moral cívica que debiéramos llevar siempre sobre el corazón los ciudadanos americanos—, estaban dispuestos a hacer concesiones razonables a fin de conseguir la cooperación del gobierno en forma que se pudiera conmemorar la fecha de la manera acostumbrada.

Sin embargo, se les negó el permiso para el mitin y la parada. Todas las iglesias fueron cerradas. El Comité presidido por Garfield Hays solicitó al arzobispo Byrne que compareciera a dar testimonio sobre el particular, así como para informar si se había ejercido presión en el sentido de persuadirle a cerrar las iglesias durante el día nacional, cuando generalmente permanecen abiertas durante todas las horas de todos los días; pero el secretario de monseñor informó que apenas recibida la invitación, éste salió en avión con destino a los Estados Unidos.

De las referidas investigaciones resulta que no sólo permanecieron clausuradas las iglesias ese día, sinó que fueron rodeadas de policía. Hubo una gran concentración de fuerzas en la capital, de nuevo completamente equipadas para entrar en acción. El cementerio estuvo rodeado de policías reforzadas por tropas militares. El Comité hizo constar que, aunque en Puerto Rico existe una guardia nacional, en esta ocasión así como en las masacres de Ponce y en los sucesivos acontecimientos luctuosos, se utilizaron tropas regulares del ejército estadounidense. Y este ejército prohibió hasta el acceso individual de los patriotas al cementerio.

Esta parte del informe, termina con los siguientes párrafos:

"La historia ha demostrado que el peligro que pueda derivarse de las prédicas revolucionarias no es tan grande como el peligro que surge de la tentativa de represión. Así es que en opinión de este Comité los actos individuales, en el caso de existir, no pueden perjudicar ni limitar la reunión pacífica de los nacionalistas, y menos si se recuerda que durante muchos años se han venido celebrando en Puerto Rico ordenadas asambleas y paradas. No hemos podido hallar en nuestra paciente búsqueda, un sólo ejemplo de que se haya alterado el orden en ningún sentido, hasta que los brutales métodos militares de represión fueron puestos en práctica por el gobierno del general Blanton Winship. Estas paradas y asambleas se han venido celebrando lo mismo en tiempos de bonanza que de excitación y tensión política. El historial de Puerto Rico es un ejemplo cívico para los demás pueblos del continente respecto a su responsabilidad en la celebración de enormes demostraciones públicas."

Acaso por esto mismo se me ocurre que el sentimiento nacionalista tiene un aliado poderoso en la iglesia católica. Las religiones son la expresión más honda del antagonismo político. El catolicismo portorriqueño recuerda al catolicismo irlandés, que fué también una de las armas de combate más eficaces y decisivas por la autonomía y uno de los adversarios más ardorosos del Estado británico, aunque no tanto por ser protestante como por ser inglés, y de ahí que los púlpitos portorriqueños, servidos por sacerdotes cultos y de gran carácter, sean las tribunas más tenaces, enardecidas y valerosas del independientismo.

A pesar de que entre el catolicismo y yo media un abismo insalvable, creo sinceramente que, —aparte de la dominación política, que hiere el sentimiento nacional y viola el principio inalienable de todo pueblo a determinar su destino histórico, y de la colonización económica, que más que proletarizar está depauperando a los portorriqueños,— hay que reconocer que el ataque al catolicismo de aquel pueblo, arraigado por siglos de tradición, causa repugnancia y que la equidad y la tolerancia de que tanto alardean los norteamericanos, no sean extendidas a su vida de relación con dicha isla, para justificar, siquiera en esta parte, la nueva política del buen vecino, despojándola de sus matices más hipócritas.

Pero el águila americana, acallando sus siniestros graznidos, continúa revoloteando sobre las Antillas para hincar sus aceradas garras en el corazón de Puerto Rico, y quiere apagar ahora, con sus convulsos aleteos, la antorcha de la supervivencia de aquel pueblo, privándole hasta de la facultad de reproducirse.

* * *

Mis ideas personales sobre el problema del contralor de la natalidad están expresadas desde 1913, en uno de mis libros de sociología experimental, que tuve el honor de ver laureado por la Academia de Ciencias de La Habana y que venciendo legítimos escrúpulos debo recordar ahora, siquiera para que se vea, por lo que voy a explicar, que no estoy en contradicción conmigo mismo.

Decía en mi Nota del número anterior de ENSAYOS, que el latifundio azucarero de Puerto Rico, monopolizado por tres consorcios que maneja Wall Street, ha acaparado y sigue comprando o arrebatando por medios abusivos, todas las tierras que necesita, haciendo desaparecer las propiedades agrícolas explotadas por nativos, que acaban por convertirse en míseros peones de campo, al tiempo que la pequeña burguesía es proletarizada; pero, como el maquinismo de aquella industria ha dejado desocupados a casi todos los labradores, que ya no encuentran trabajo ni por la merced de la comida, se advierte ahora, mucho más que antes, la excesiva densidad de población, haciendo pensar al gobierno norteamericano en la forma de remediarla por el contralor de los nacimientos y la emigración, implantando el neomaltusianismo por el Estado.

En la alternativa de la emigración, fracasó abiertamente, porque no teniendo cabida en el territorio continental de los Estados Unidos, donde la desocupación es un problema irresoluto que ya ha llegado a términos angustiosos, quiso llevarlos a los islotes del vecino archipiélago de las Vírgenes, recientemente comprado a Dinamarca y cuyos cañaverales esclavistas y verdes como océanos de luz, protege la bandera de las barras y las estrellas ; pero los portorriqueños prefieren morir de hambre y ver cómo se les arrebata sus riquezas, antes que abandonar la tierra amada.

Además, la obra de mover grandes masas humanas, es hoy más difícil que nunca, porque todas las naciones están saturadas de población desocupada y porque el asunto fué manejado con singular torpeza e incomprensión por el gobierno de Wáshington, que deja cuestiones tan vitales como ésta al cuidado de funcionarios de ínfima categoría y logreros.

Para el contralor de la natalidad, fueron instaladas por vía de ensayo quince clínicas de consultantes, que hubieron de ser inmediatamente clausuradas, esta vez por intolerancia de la iglesia católica que, apartándose de su ministerio, agitó la resistencia popular.

Fué entonces que la política del buen vecino empezó a moverse fuera de la órbita de la legalidad y de las más elementales consideraciones humanas.

Es cierto que el Congreso de Puerto Rico dictó el último 15 de marzo, para acallar las protestas y contemplar los requerimientos de los partidos políticos, una ley prohibiendo la inducción y la práctica del aborto, fomentando la enseñanza y divulgación de los principios eugenésicos con vista a la obtención de proles sanas y vigorosas y para abatir el exorbitante coeficiente de la mortalidad infantil, y que el 3 de abril promulgó otra creando la Junta Nacional de Eugenesia, encargada de facilitar los medios para el mejoramiento de la estirpe; pero no es menos cierto que las prácticas de la esterilización genital, severamente limitadas por ambas disposiciones a los excepcionales casos de padres

tarados, anormales, degenerados y criminales incorregibles, requieren la sentencia previa y la aprobación del ministerio público, de las autoridades técnicas y de los familiares.

No obstante, he recibido de la secretaría de relaciones exteriores de la Junta Nacionalista que coordina los trabajos por la independencia, copia impresa y legalizada del caso 243, promovido ante la Corte Suprema por el Dr. Luis V. Velázquez, en 8 de octubre de 1936, a nombre del pueblo de Puerto Rico, del que resulta la presentación de una prueba asombrosa e inconcebible, según la que en los hospitales de la isla se practican secretamente y *ad-libitum*, la vasectomía de los hombres y la salpingentomía en muchas mujeres, como medio de limitar la natalidad, aun en los casos de las más simples dolencias y siempre con desconocimiento de las víctimas y sus familiares y sin intervención judicial.

Entre los reveladores documentos presentados aparecen cartas del cirujano director del hospital presbiteriano de San Juan, informando a sus colegas de la Universidad John Hopkins de Baltimore, que practicaba con gran éxito numerosas operaciones diarias de esta clase, "para evitar la propagación de una gente que es peor que los italianos".

Sin vanos eufemismos, creo de interés advertir que esta ligera operación, aunque sin peligro e incruenta, es por sus consecuencias biosociales tan absoluta y definitiva como la castración.

* * *

No se limita a lo dicho, con ser tanto, la lucha desesperada en que está empeñado el pueblo de Puerto Rico contra el imperialismo que lo absorbe y aniquila, invocando la amistad del buen vecino.

Tienen aquellos sufridos hermanos su propio idioma, que es también el nuestro; pero esta verdad, dicha así, escuetamente, parecería vacía y sin significación alguna, y por lo mismo, es preciso que los que estas líneas lean, le den todo el sentido que tiene, recordando que para el hombre su propia lengua es más que la vida: es el vínculo de que se vale para percibir y trasmitir, ampliar y reformar, las ideas, pasiones, conocimientos, emociones, súplicas, insultos, loas, anatemas y todo.

Pues bien: el gobierno de los Estados Unidos trata de arrancar a los portorriqueños, por los medios de coacción más violentos y desde que empiezan a balbucir y de suplantarles por otro que repulsan con admirable heroísmo, este medio de comunicación que tienen entre sí y de reflexión y ensoñación consigo mismos.

Ignominioso sistema de instrucción pública, —dice el ilustre pedagogo y patriota Fernández Vanga,— es aquel dentro del cual las autoridades estadounidenses le están arrancando al martirizado pueblo portorriqueño su alma, su pensamiento y su vida emocional; porque privar a los niños del uso de la palabra con que empezaron a llamar a su ma-

dre, es lo mismo que limitarles para el futuro el uso de los más delicados pensamientos. Esto es más hipócrita que quitarles francamente la libertad y más cruel que privarles de su vida. Es como si a un pájaro cautivo se le abre la puerta de la jaula y al mismo tiempo se le arrancan las plumas de las alas: se le otorga la libertad de volar, pero se le priva de la facultad de hacerlo.

Murray Butler, —Presidente de la Universidad de Columbia y de la Institución Carnegie para el Progreso de la Paz,— al condenar este odioso sistema usado *in-crescendo* y más de un tercio de siglo en Puerto Rico, dice que es un fracaso, un crimen casi y un imperdonable desperdicio de dinero, agregando que si un niño de tierna edad tiene la desgracia enorme de que se le facilite algún conocimiento de lenguas extranjeras, a expensas, como es de rigor, de un mayor o menor conocimiento de la materna, y el chorro espontáneo y generoso de su nativa energía mental se encuentra devuelto hacia dentro en lugar de seguir brotando naturalmente hacia afuera, el resultado es un caos espiritual, originador de daños incalculables y que impide que en la vida mental del niño ocurran las mejores cosas.

La comisión de filólogos y pedagogos, integrada por autoridades tan famosas como Brenner, Huyke, Bingham, Shaw y Miller, para investigar las razones de la grita popular contra el sistema de instrucción pública implantado por el Departamento de Educación de Wáshington, para seguir imponiendo la enseñanza del inglés en todas las materias y desde las primeras letras, en beneficio de la expansión política por medio del idioma, declaró, —por sus propias convicciones y basándose también en los estudios e investigaciones del suizo Balby y del irlandés Laurie,— que el sistema es gratuito para los Estados Unidos aunque costosísimo para aquella isla, que en él malgasta el 60 % de su presupuesto anual; pero que, con ser tan dispendioso, lo que le caracteriza y distingue no es precisamente su precio sinó su infamia, la que consiste en despojar al pueblo de su idioma y de su espíritu, reemplazándolos, como si ello fuera posible, por el espíritu y el idioma del gobierno norteamericano.

En presencia de estas irrefutables opiniones, todo hacía esperar una rectificación de conducta de parte del Departamento de Educación de Wáshington; pero, al enterarse del oficio con que el general Blanton Winship elevó por conducto del de Interior copia del mismo informe, sin esperar la resolución definitiva de las autoridades técnicas, el Presidente Roosevelt contestó al protérvico gobernador y protegido, bajo su firma y en carta que insertaron los diarios de San Juan del 6 de febrero, con estas palabras de buen vecino, que causaron tanta sorpresa como unánime indignación:

"Pienso, como usted, que en Puerto Rico se habla muy mal el inglés y que cada día se advierte más la resistencia del pueblo a aprenderlo.

Hay que buscar el modo de enseñar mas inglés desde la tierna infancia, para que los portorriqueños, al compenetrarse de la historia y del espíritu americano, sin interferencia de otras lenguas que ya nada pueden ofrecerles, cumplan la alta misión civilizadora a que el destino los llama."

¿Quiere esto decir que los portorriqueños se resistan a estudiar el inglés? De ningún modo. Lo que quieren es no aprender nada, ni inglés tampoco, que por las circunstancias de tiempo y lugar en que lo estudien, coarte, limite, adultere o deforme el idioma nativo, que es como decir su vida y su esperanza de libertad.

Lo que los portorriqueños quieren es que se supriman aquellas torturas en que alientan sus hijos y la creación de más escuelas especiales para adolescentes, cuyo idioma vital y substancial siga siendo el suyo y donde los que voluntariamente deseen, puedan estudiar lo mejor posible el inglés, para que ellos sean los artífices de la obra en que culmine aquel deseo o aquella profecía de José De Diego, —el amigo y compañero de Martí— según la que Puerto Rico ha de ser, cuando sea libre, por su posición geográfica y su ideología, el lazo de unión entre las dos Américas, el canastillo de bodas entre el norte y el sur, la sede o sitial para la verdadera universidad panamericana, o el *clearing house* de que hablaba el líder demócrata William J. Bryan, entre las ideas y las concepciones de los sajones de América, que tanto valen y las de los latinos de América, que quizás valen más que las de aquéllos por la intención y que pueden llegar a equivalerlas si ponen la acción al nivel de sus ideales.

Es que allí, en aquella pequeña isla del Jardín de la Reina, que Colón obsequiara a Isabel en su desposorio con la inmortalidad, la cultura está al nivel del ideal de la patria, y por lo mismo, en las altas escuelas, que corresponden a nuestros liceos, sorprendió a Araquistain el análisis minucioso con que los estudiantes leen los clásicos españoles y la actual literatura indoamericana, y en su reacción de purismo hacia la lengua, hasta superan al cuidado de los centros universitarios de la antigua metrópoli.

Pero éllos, sólo éllos, cuando sean libres, quieren realizar los portorriqueños, la grata misión de acercamiento continental a que tan generosamente se creen llamados, y nó como ninguna otra manera que no quieren ser, porque como otra cosa a que los constriñan y obliguen sus dominadores, acabarán por ser la manzana de la discordia entre las dos Américas y nó el lazo de unión, ni el canastillo de bodas, ni la llave maravillosa que simboliza en los escudos antillanos y ha de abrir el corazón de los del sur, a la comprensión y el respeto de los del norte, haciendo valedera la política del buen vecino.

Rafael J. Fosalba.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ALDOUS HUXLEY. — CON LOS ESCLAVOS EN LA NORIA ("EYELESS IN GAZA"). — (Editorial "Sur", Buenos Aires, 1937).

Consideraremos preferentemente el intelectualismo de Huxley, pues sus novelas constituyen verdaderos ejercicios intelectuales. Así "Contrapunto" —su máxima producción anterior— y esta última, que leemos en la traducción de Julio Irazusta para la Editorial "Sur".

Desde el procedimiento, algo proustiano, de inconexión cronológica, hasta la tipología, todo está hecho con reflexión y artificio, dispuesto como en una experiencia científica. El positivismo de Huxley no permite la unicidad de una acción ni la libre entrega vital de sus personajes. Esto sería dar excesiva trascendencia a la poco importante función de existir, oscura noria de los días, a que el hombre sigue atado por ciega fatalidad cronométrica.

Romper el curso anónimo y gris de los momentos, mezclar fechas con entero capricho, jugar al tiempo una mala pasada, negando la sucesión regular de sus datas y jalones, es una de las tantas formas inútiles de evasión, pues siempre caemos en un nuevo lazo de sometimiento a la Gran Noria, la misma "vieja máquina", de la que sólo escaparemos por la fuga en la nada incierta y angustiosa.

Vivir es para Huxley buscar libertades que son sólo máscaras de la Esclavitud, norias doradas a cuyo isocronismo rendimos nuestra voluntad, la frescura de nuestro sueño, en una completa impotencia para encontrar la definitiva liberación, la última y aquietada paz inviolable en que caer retornando a la prístina unidad eterna.

Tiempo, existir, angustia de girar en un vacío de recuerdos, en tanto que el presente se nos vuela como pájaro minúsculo y saltarín, en horizontes desesperanzados, en estéril lucha por afirmar un centro ideal y único. El hombre, ser intrascendente, se agita en un mundo mediocre y falso en que se impone el mito de la personalidad —totalización de potencias, fuerza unificada, propia de las formas inferiores, inintelectuales, de la condición humana.

La dignidad del hombre mana de su razón, de su actividad noética, de su ser intelectual. Vivir como simple persona —"funciones encarnadas", suma de reacciones fisiológicas— no es cosa específicamente humana. La esencia de nuestra belleza, la categoría de toda elevación

residen para Huxley en la inteligencia, en lo que difiere de Lawrence. El mundo no debe ser encarado espontáneamente, sino a través de las refracciones y los juegos —ingeniosos, intrascendentes acaso— del intelecto frío y disciplinado. El mismo mundo ha de ser reformado siguiendo el imperativo de la lógica, porque se impone que sea pensado y reconstruído según leyes de razón y eticidad.

La intelectualización de los personajes huxleyanos, insuflados de problemas, asentados en el granito de la erudición, es nota que no puede escapar a quien lea "Contrapunto" y "Eyeless in Gaza". El coeficiente humano, la representación típica de esos personajes tal vez sean mínimos, pero su valor de seres vistos en el plano de lo culto y refinado, como símbolos de una época transida de problematicidad y hambrienta de lectura, es muy grande. Ya se trate de Philip Quarles o de Anthony Beavis (ambos reflejos indudablemente autobiográficos, entes intelectuales construídos por Huxley), la angustia bibliofílica es característica, la manera de ver a través de los libros, citas y autores, sumamente significativa. El mismo novelista es presa de su caudal erudito; sus obras son tejidos enciclopédicos, complicados ensayos de ingenio sutil, de ironía y paradojas, en que salta a cada instante la apuntación de múltiples lecturas sobre los tópicos más variados: Mística, Sociología, Estética, Biología, Religión, Política...

"Contrapunto", por ejemplo, designa una técnica, es término tomado a la teoría musical. "Eyeless in Gaza" proviene de Milton. Un diálogo entre amantes de esta novela —Anthony Beavis y Helen Ledwidge— se matiza con el recuerdo de Proust, "sempiternamente sentado en cuclillas en el baño tibio del recuerdo de su pasado". El mismo protagonista es un sociólogo. Leemos en el capítulo once un fragmento de sus "Elementos de Sociología".

Cuando el deseo sexual ha sido satisfecho, el rostro de la amante recuerda "el de una de las sagradas mujeres de Van der Weyden al pie de la Cruz" (pág. 24). La misma Helen se parece "a un Gaugin".

Si un carnicero habla, lo hace con voz de artista, "como si estuviera hablando de las Geórgicas" (44). Recordando el padre de Anthony a su esposa muerta, se detiene "al borde de un modismo" (54).

Al leer a Pavlov "se derrumban todas las pretensiones humanas" (74). Si Helen se lamenta, Anthony le dice como psicólogo —nunca como hombre— "que el dolor no puede ser recordado" (79). Por excepción, a la fuerza lógica de su amante, a su juego de premisas y conclusiones, Helen responde: "La conclusión (nótese la refracción intelectual aun aquí) soy yo, eres tú, *es la vida real*, la felicidad" (79).

Anthony dirá: "¡Ah, si tuviéramos dos pares de ojos! Jano sería capaz de leer simultáneamente el *Cándido* y la *Imitación*. *¡La vida es tan corta y los libros de una abundancia tan inconmensurable!*" (99).

Varios capítulos se inician con una cita, como el cuarenta y dos, con una frase de William Penn. El diez lo hace con una palabra: Libros. A continuación la nómina: "Los cinco volúmenes in folio de Bayle, en la edición inglesa de 1738. La traducción hecha por Rickbay de la *Suma contra los gentiles*. *El problema del estilo* de Remy de Gourmont. *El camino de perfección*. Las *Cartas* de Dostoyevsky *desde el mundo subterráneo*. Tres volúmenes de *Cartas* de Lord Byron. Las obras de San Juan de la Cruz en español. Los dramas de Wicherley. La *Historia del celibato sacerdotal* de Lea (99). Imposible mayor delectación bibliográfica en una novela.

Si algunos muchachos se emborrachan, Anthony —a quien llaman "Profesor"— piensa que "esos bárbaros ignorantes se conducían *muy espontáneamente*, como él no se atrevería a hacerlo *aun después de leer* todo lo que Nietzsche dijo del Superhombre, o Casanova de las mujeres. Tampoco tenían ellos que estudiar a Pantajali o Jacobo Boehme para hallar excusas a sus borracheras de vino y sensualidad" (111). En caso de que a uno le ocurra *no* sentirse especialmente numeroso, "qué le queda sino pensar en Plotino?" (115). Y a su regreso de la fiesta, Anthony, solo, "toma el quinto volumen del *Diccionario histórico* y empieza a leer lo que Bayle dice sobre Espinoza" (117).

Para buscar un parecido, el protagonista recurre "a Lady Macbeth" (130). Una palabra —pájaros— dicha en determinada forma (pag-ga-aros) le trae una serie muy ramificada de asociaciones (149). En el capítulo trece hay una defensa de las ideas y una justificación del egoísmo del intelectual puro. (Actitud que varía hacia el final de la novela, cuando Anthony, bajo la influencia del Dr. Miller, se resuelve a asistir a un mitin, dispuesto para la acción después de haberlo *pensado* largamente).

Un profesor —el pobre Hugh Ledwidge— no encuentra mejor manera de enamorar a Helen que recomendarle una lista de libros (157). Si una mujer habla de fundar una liga para la abolición de las familias, Anthony agrega que "Platón pensaba lo mismo" (184). La cara de Mark Staithes, con sus músculos separados, hace pensar en "los músculos de esas estatuas de madera de limón, de seres humanos desollados, que se usaban en las salas anatómicas del Renacimiento" (193). Si se trata de perfumes, sabemos que "los pobres tienen que conformarse con un sencillo iso-eugenol o fenil acético de aldehído" (201).

Cuando Helen dice que "no hacía más que bailar", es "como si un ingenuo e inconsciente Moisés dijera a los deslumbrados israelitas: No hacía más que hablar con Jehová" (223). Y cuando su madre, Mary Amberley, toca el límite de la degradación frente al cinismo y la animalidad deportiva de Gerry Watchett (el único hombre *espontáneo*, vulgar, inintelectual de la novela), tiene la intuición de que aquello es

"una revelación maravillosa y horrible, el Apocalipsis, todo el Apocalipsis a la vez, ángel y bestia, plaga, cordero y ramera en la misma divina repugnante y avasalladora experiencia" (231). Al mismo tiempo, Anthony decía que entre "civilización y sexualidad hay una correlación indefinida..."

Helen recuerda a Hugh la "Helena griega" (235). Una amante vale más cuando ha leído a Guillaume Apollinaire y a Mallarmé (310). El padre de Anthony —profesor— tenía un "interés filológico" por las cabras, y sus chistes eran también "filológicos" (331-333). Si Anthony piensa en la castidad, agrega "entre paréntesis" que "es la más antinatural de las perversiones", repitiendo a Remy de Gourmont (312).

Cuando Mary está al borde de la pobreza, piensa "escribir un estudio crítico sobre la moderna novela francesa" (359). Con la imaginación se navega por el Egeo, se fuma haxix en los suburbios del Cairo, se come bhang en Benarés, se hace un poco de Joseph Conrad en las Indias Orientales y hasta un poco de Loti, pese al estilo cromolitográfico (374).

Seguramente no es difícil multiplicar estas referencias, pero bastan las hechas para determinar el grado altísimo de intelectualismo a que llega la novela de Aldous Huxley. Estamos lejos de las sólidas arquitecturas, levantadas sobre la totalidad humana y un amplio coeficiente vital, de Balzac, Dostoyevsky, Mann o Romains. Aquí el hombre aparece desde su lado intelectual, con una sorprendente carencia de la "Gran Pasión", del elemento demoníaco esencial en la elaboración de verdaderas entidades psicológicas. El hombre huxleyano es frío, intelectual y exquisito. Su visión de la vida es, por complicada, escéptica, y su ironía acaba disolviendo la realidad, como el historicismo, en un intrascendente juego estético, digno de ser mirado como el movimiento de las olas, pero ligero como su espuma, carente de fuerza trágica y de las tensiones que polarizan la acción ardiente y constructiva del hombre de nuestro tiempo.

Hay en la novela situaciones y personajes muy logrados. La encrucijada de fechas puede parecer un tanto molesta, pero pronto se acostumbra el lector a las continuas interrupciones episódicas. Se siente la aridez imaginativa y la ausencia de vibración cordial. El clima es de fría claridad, excesivamente alpino. Huxley se nos aparece con aire hamlético, sabio y cortante.

Quizá ganara dejando una zona sensible a los tumultos irracionales, al mecanismo sutil de las pasiones, a la agitación viva y oscura del plasma sentimental. El intelectualismo, seco e inhumano, es un peligro abierto a quienes quieren explorar con exceso de ciencia la escurridiza sustancia de nuestro ser inasible. Al hombre se le capta en su totalidad y

en su vivencia, no desde el único ángulo de su proyección intelectual. El saber pascaliano siempre tiene razón, y Huxley peca, seguramente, por haber olvidado a Pascal.

Alejandro C. Arias

JUAN CUNHA DOTTI. — GUARDIAN OSCURO. — 3 CUADERNOS DE POESIA. (Ediciones Alfa. Montevideo, 1937). — Hace unos pocos años, cuando Cunha Dotti era casi un niño y publicaba "El Pájaro que vino de la Noche", bien pudo apreciarse la calidad poética que trascendían sus cantos. Ahora, joven aún, pero un hombre ya, apartado de todo gradilocuente exhibicionismo, viviendo las intimidades de su emoción, abrazándose a lo puramente afectivo y espiritual, nos alcanza dos testimonios de su definitiva vocación. Y estos dos nuevos libros son, sin duda, con más certeza que antes, la imagen de un temperamento fertilísimo en acrecentamientos mágicos, en supremos goces, en esperanzas y desvelos, que se afirman en los aciagos ímpetus del auténtico poeta. Porque en cada uno de los cantos que diversifican el anhelo de su expresión, está presente la suprema angustia que inunda las posibles actitudes del ser en contacto con el mundo exterior; de suerte que lo placentero, lo tangible, en una palabra, todo lo humano y objetivamente representativo, no constituyen más que una etapa de transitoria dicha y de aparente entusiasmo.

Cunha Dotti nos ofrece un mundo poético organizado de acuerdo con sus propias apetencias y con sus peculiarísimas valoraciones, mas tan original y severamente conducido, que cualquiera de sus temas —el placer de amar, el dolor de vivir muriendo, o el calor de la amistad, por ejemplo— no dejan de tener por eso un sutilísimo tono humano y habitual, capaz de resonar hasta en el espíritu de los hombres menos cultivados. De ahí que aunque a primera vista puedan parecer estos dos libros como manifestaciones sentidas y expresadas bajo el fragor de lo momentáneo, o como cumpliendo con una estética y estilística muy personales, no puede dejar de percibirse en ellos la magnífica conjunción de lo eterno.

Alfonso Llambías de Azevedo.

ERRATA DEL Nº 12: En el artículo "La contienda real", de Juan Carlos Abellá, aparecido en nuestro número 12, se padeció una omisión al comienzo del parágrafo III. Donde dice "Estado, es la negación política y social de la persona", debe decir: "Ambas tendencias en boga (Fascismo y Comunismo) coinciden y colaboran en el absolutismo del Estado, en la negación política y social de la persona".

mente lo que cuesta precisar y definir. Lo ocultan los aspectos empíricos de la realidad en que se corporiza, y no siempre sus autores demuestran estar ellos mismos en aptitud de desentrañarlo del proceso vivo en que lo actúan personalmente como maestros.

Vigorosas personalidades creadoras en el terreno de la práctica pedagógica, quiero decir, en la efectividad actual de dicha práctica, cuando se han dado a teorizar su obra educativa, en lugar de interpretar la idea vivida en ella, el principio activo que la domina y que condiciona en cada caso particular y concreto los procedimientos didácticos empleados, nos han ofrecido la representación más o menos esquemática del itinerario que han seguido y los expedientes que han utilizado, señalándolos como el secreto de su éxito y la originalidad de su método.

Y la originalidad y la eficacia existirán realmente siempre que el procedimiento sea la exteriorización de un momento de vida, y haya nacido por consiguiente como valor expresivo de una determinada situación espiritual creada en la relación concreta del maestro con el alumno; pero traído de afuera el procedimiento, como un medio instrumental, como un expediente que confiere al maestro el poder de influir en el sentido que desea sobre el desenvolvimiento mental del alumno, pierde su significado genuina y específicamente educativo; sin que esto importe, por lo demás, desconocer que de algún modo tiene que influir en la mente del alumno, desde que es un hecho más o una nueva circunstancia que interviene en su experiencia.

El valor que se atribuye a los nuevos métodos y procedimientos de enseñanza conviene entenderlo con cautela, mirando más bien por el lado del espíritu de la reforma, sin cuya mediación, el procedimiento es letra muerta o puro mecanismo.

Y cuando un maestro de vocación, una gran maestra como la Montessori, por ejemplo, nos habla de su "material tipo", de tal o cual recurso "provocador", de este o aquel medio "ejercitante" etc., y preconiza con calor de convicción

el valor permanente o intrínseco de esos u otros determinados expedientes educativos, no hace verdaderamente sino fijar, degradar, enrigidecer en la categoría subordinada del hecho escueto, del mero objeto de la experiencia, lo que pertenece a la vida espiritual fluente del sujeto que la realiza.

Así pues, por no mirar con firme orientación por el lado del espíritu informador de su acción efectiva, desviados casi siempre por prejuicios cienciastas o positivistas, maestros eximios en la realización práctica de su obra educativa, se muestran inmensamente inferiores al abordar la teorización o revisión crítica de su propia obra.

¿Y cómo así? Digámoslo con el mismo ejemplo de la Montessori: maestra, en su clase, frente a sus alumnos, desarrolla el proceso educativo, sin mirar por un lado a los medios que emplea y por otro, al fin que se propone; lo realiza en la unidad sintética de su acción, con viva y vigilante conciencia del acto que realiza, pero sin detenerse a discriminar los elementos que lo integran; en tanto que la Montessori escritora, teórico de la pedagogía, analiza su experiencia educativa, discrimina los hechos, pone en evidencia los procedimientos, los expedientes didácticos, los medios, en general, que ha utilizado.

Nada más legítimo y nada más útil, entendiendo todo eso en su genuina significación: entendiendo esos términos como resultado de un análisis, pero sin olvidar que ese análisis presupone la síntesis originaria del acto educativo, fuera del cual y con respecto al cual, los medios son abstracciones.

Y el mal está en que exponiendo las cosas de ese modo se sugiere a los demás el falso concepto de que los medios son los antecedentes del acto, en lugar de entender de una buena vez que en el proceso vivo, los medios son inherentes al acto, y se revelan con el acto. Y puesto que éste, en la singularidad concreta de su vida es siempre nuevo, los medios y procedimientos participan de su originalidad y su frescura, por más que considerados en abstracto parezcan generalmente los mismos de otras veces.

Por eso los grandes maestros, los buenos maestros, desde Sócrates hasta hoy, han seguido siempre el camino real del buen método, del método vivo, del método que en cada caso particular interpreta y expresa su concreta situación docente, la exigencia viva de su relación espiritual con el alumno, en la efectividad misma del acto educativo.

Los métodos, que el maestro puede y debe estudiar; la técnica, las reglas didácticas, que le conviene conocer, son en realidad la historia abstracta de lo que otros o él mismo han realizado en la enseñanza, y son conocimientos que condicionan su preparación magisterial, y en general, su cultura personal; pero una vez que el maestro, si lo es de verdad, en el desempeño de su función, en tal clase, frente a tal alumno, siente en su peculiaridad concreta los estímulos que en ese momento mismo lo mueven a obrar, no necesita detenerse a escogitar el método apropiado para el caso, porque la acción brotará espontáneamente, y la lección se desarrollará en la unidad viva de un proceso, en que el fin y los medios, el método y el contenido de la lección nacen de una vez, como una sola y misma cosa, en la cual, únicamente por abstracción y con posterioridad al acto, podrán ser discernidos todos esos y muchos otros elementos.

Es pedagógicamente recomendable extraer así por abstracción el método inmanente a cada lección viva; hay en ello un interés especulativo que no sólo enriquece nuestro acervo intelectual, sino que ejercita y disciplina nuestras actividades mentales.

Pero es por otra parte ilusorio y pedagógicamente funesto pretender armarse del método o de los métodos con el vano intento de "aplicarlos".

Los métodos no existen antes para aplicarlos después, como si en las cosas de la inteligencia rigiese la ley del mecanismo.

Primero está la acción intelectual, o más bien dicho, el acto espiritual en su unidad real y concreta, y luego, en virtud de la misma actividad intelectual progresiva viene el discernir los términos que ella misma pone al realizarse y para realizarse.

LA FUNCION DEL ENSEÑANTE

Es frecuente recordar la advertencia de que el profesor que quiere llenar cumplidamente sus deberes, tiene que dedicar una buena parte de su tiempo a preparar sus lecciones.

Nada más justificado, seguramente, que esa exigencia de los deberes de su cargo; pero quizá nada menos acertado que la manera como se la entiende ordinariamente.

Dejando de lado el hecho indiscutible de que todo profesor ha de tener de la materia cuya enseñanza le está encomendada el conocimiento suficiente para llenar las exigencias del programa respectivo, y que en tal sentido le es indispensable prepararse, lo común, en el trabajo que se llama preparar su lección, es que se incurra en un error que hace estéril, cuando no perjudicial para su tarea en la clase, el esfuerzo antecedente a que me refiero.

Con la mejor intención, con el propósito de llenar acertadamente su cometido en la clase, dirige todo su esfuerzo, no solamente a determinar los puntos que ha de tratar en su lección, y el orden en que ha de exponerlos; sino que, no satisfecho con delinear así, a grandes rasgos, la marcha que se propone seguir, intenta muchas veces retener en la memoria el desarrollo total y particularizado, hasta en los pormenores, de la lección que va a dar; y cree haber alcanzado el ideal de sus funciones de enseñante si logra reproducirla literalmente, tal como la había compuesto en el silencio y el recogimiento de su bufete. Procede, en suma, como el estudiante que prepara la disertación con que ha de demostrar a sus

examinadores que ha comprendido y retenido las enseñanzas de su maestro.

Sin desconocer la importancia ni la utilidad de ese ejercicio, queremos decir simplemente que su adopción por el profesor, como una práctica habitual, realizado con el fin especial a que antes nos referimos, puede ser un obstáculo, y lo es en efecto, tanto mayor, cuanto más estrictamente quiera aplicarse, para el mejor desempeño de las funciones del profesor.

Sujetarse rigurosamente a esos procedimientos importa renunciar a lo que la enseñanza debe tener de verdaderamente espontáneo, vivo, concreto y, en consecuencia, de mayor y más alta eficacia.

No puede ser un método digno del maestro de vocación el que no deja a su espíritu la libertad necesaria para moverse según las particulares circunstancias de cada caso, buscando en el momento mismo de la clase, la mejor adaptación, la más perfecta correspondencia entre su actitud mental y la de sus alumnos.

La metodología, las reglas pedagógicas, hay, sin duda, que estudiarlas y meditarlas atentamente. Se impone al profesor, como una tarea habitual, la de consagrar sus más serias reflexiones a los asuntos y problemas pedagógicos, que, sin poder llegar jamás a una solución completa o definitiva, son por eso mismo susceptibles de un constante perfeccionamiento.

Esos estudios contribuirán poderosamente a ensanchar su horizonte intelectual, y a conferirle cada vez mejores aptitudes y disposiciones para la enseñanza; pero llenada en su lugar esa exigencia ineludible, se impone también esforzarse por evitar el prejuicio profesional funestísimo que consiste en considerar el arte de enseñar como una simple aplicación de las reglas y procedimientos que suministra aquella "técnica" pedagógica.

De la preceptiva estética, se ha dicho que el artista debe conocerla en todos sus pormenores, que no debe ignorar las reglas de su arte; pero a condición de no preocuparse de

ellas, relegándolas al olvido en la hora de la invención, es decir, precisamente cuando es verdaderamente artista: en el momento de crear por un acto simple de su espíritu, la imagen o representación que, como tal (como acto intuitivo), es también absolutamente simple y espontánea.

La multiplicidad y las relaciones que implican las reglas no las piensa, no las explicita lógica o conceptualmente el artista, sino en los momentos en que deja de serlo, cuando adopta la actitud del crítico, elaborando su propia intuición, que es exclusivamente la obra de su facultad estética, con las operaciones posteriores de la percepción y el juicio.

De igual modo, el maestro que se dispone a dar cima a su trabajo en forma verdaderamente eficaz, debe dejar de lado la preocupación de ajustarse a reglas predeterminadas, y con mayor motivo, debe evitar el enseñar reproduciendo disertaciones de antemano preparadas, o dando explicaciones sujetas a una cierta formulación verbal que se haya adoptado, creyéndola quizá la más propia y adecuada para el fin pedagógico; debe huir también del empleo invariable de los mismos recursos teóricos o prácticos, porque todos esos procedimientos concluyen fatalmente por mecanizar la enseñanza, haciéndola fría, descolorida e ineficaz.

Todas las formas de actividad, aún las más elevadas, como son precisamente las que tiene que ejercitar el maestro, tienden a caer, mediante la repetición mnemotécnica, en cierto grado de automatismo, que a cambio de la facilidad que le confiere en la faz puramente externa de esa actividad, —en la expresión verbal, por ejemplo, que puede muy bien ser irreprochable del punto de vista abstracto de las reglas gramaticales y aún de las metodológicas, sin ser la que convenga en el caso particular de su lección, en ese momento, ante esos alumnos, —a cambio de esa facilidad, digo, hace perder a su lección, en el aspecto genuinamente pedagógico, aquel carácter de espontaneidad, de actualidad fresca y original que, en cada circunstancia, en cada uno de los momentos de la clase, le crea una situación peculiar, concreta, verdaderamente nueva y rica en determinaciones imprevisibles.

Su espíritu ha de estar, pues, siempre abierto a las mil solicitaciones y sugestiones que nacen de las particularidades constitutivas de la individual situación de cada uno de esos momentos; único modo de poder establecer entre él y sus alumnos la corriente de vida mental, intelectual y emotiva, en que se funden o compenetran sus pensamientos como en un solo espíritu.

No hay fórmulas prescritas, ni manual de reglas, ni pragmáticas de ninguna especie que puedan reemplazar el esfuerzo sincero de creación, la obra de amor y de expansión espiritual que realiza el maestro cuando, desligado de todo prejuicio escolástico y profesional, sabe adoptar la actitud verdaderamente concreta y viva que corresponde a cada circunstancia.

Atento entonces únicamente a la onda de impresiones, ideas y sentimientos que se agitan en el fondo de su psiquis, no le resta sino objetivarla (resolviendo un problema estético, y no lógico), avocarse su estado de ánimo, para asumirlo en la síntesis verbal o expresiva de su lección, obra personalísima, verdadera creación artística de caracteres individuales inconfundibles con los de todo otro momento, en que se suponga reproducida la lección, por muy semejantes o idénticos que parezcan, abstractamente considerados, el asunto y las circunstancias concomitantes.

La expresión verbal, el gesto, el brillo y la penetración de su mirada, toda la vibración en que se agita su personalidad, constituyen el estímulo que, de algún modo, yo no sé bien cómo, determina en sus oyentes la actitud mental adecuada, y crea aquella corriente de vida espiritual que por un momento identifica en una sola, todas sus mentalidades.

La impresión de que las cosas pasan realmente así la ha tenido más de una vez todo maestro para quien su trabajo es algo más que el mero ejercicio de una profesión. ¿Quién, en ese caso, no ha sentido el goce puro y sereno que sigue a ciertas lecciones, en las cuales se ha tenido la impresión más o menos clara y fugaz de haberse hallado completamente identificados, maestro y alumno, como si se

borrara toda conciencia de la dualidad empírica de entrambos, para constituir la unidad de un solo acto espiritual?; impresión invariablemente acompañada de la conciencia de haber enriquecido el propio saber con algo radicalmente nuevo, y de haber vivido la propia cultura en un nuevo momento de la duración real (entendida a la manera de Bergson), y de haberla convertido así en materia para una ulterior elaboración espiritual.

Proceso es ese en cuyo desenvolvimiento está precisamente la esencia del acto educativo. La atenta consideración del mismo, nos muestra con evidencia el aspecto predominantemente estético o expresivo de la compleja actividad que le toca desplegar al maestro en sus funciones.

SOBRE LA INTIMIDAD ENTRE MAESTRO Y DISCIPULO

El ambiente intelectual de las aulas en las grandes universidades, en donde la personalidad del estudiante se ve como perdida y anegada entre la multitud de compañeros, debe ser un ambiente demasiado frío y difuso para las jóvenes inteligencias, muy a propósito sí para crear la fama o el renombre del profesor que aspira a singularizarse por ideas o trabajos científicos originales; pero falto de aquel calor suave que en las pequeñas aulas nace de la intimidad entre el profesor y los alumnos, cálido ambiente de simpatía propicio a la eclosión de las ideas y los bellos sentimientos.

En las confidencias mentales que a diario tienen lugar, en las clases poco numerosas, entre maestro y discípulos, el primero, si realmente se siente animado por el fuego sagrado de la enseñanza, vive hasta cierto punto la misma vida mental que sus alumnos, se interesa en los progresos que éstos realizan, se complace en sorprender las peculiaridades y matices que distinguen y caracterizan sus espíritus, y cuando ha llegado por ese camino a determinar el registro en que puede moverse cada una de sus inteligencias, tiene en su mano el secreto para promover el más rápido y vigoroso desenvolvimiento de las mismas, según sus especiales aptitudes y en la medida que lo consiente la capacidad de cada una.

Así se logra evitar el inconveniente que resulta de la aplicación exclusiva de los sistemas niveladores de la enseñanza, que a trueque de realzar un tanto las inteligencias inferiores o mediocres, estrechan y cercan el espacio en que con mayor libertad y amplitud pueden y deben moverse los espíritus selectos o mejor dotados.

Hay conocimientos que se adquieren mnemotécnicamente, aplicando con esmero las reglas del caso, como se aprende a efectuar una operación aritmética, a resolver un sistema de ecuaciones, a disponer en el mejor orden y proporción los cuatro miembros del discurso oratorio; conocimientos que

la inteligencia almacena y encasilla prolijamente y que se tienen siempre a mano como bagaje intelectual, pronto para ser utilizado con lucimiento y provecho en las distintas circunstancias de la vida; pero hay también conocimientos que se adquieren de otro modo, sin artificios didácticos, penetrando en lo íntimo y fundamental del asunto, asimilando, transformándolos en la substancia misma del pensamiento.

El excesivo cuidado en ajustar la enseñanza a los preceptos pedagógicos, pretendiendo seguir en toda ocasión la marcha "natural" del espíritu, es decir, pasando de lo concreto a lo abstracto, de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, etc., simplifica por demás el trabajo del alumno, violenta o anula muchas veces los movimientos más espontáneos y provechosos de la inteligencia, y tiende a producir un saber esquemático, cuyas fórmulas son demasiado estrechas y rígidas para contener la realidad activa y viviente de la naturaleza y el espíritu.

Aquella grata intimidad de maestro a discípulo, parece ser condición imprescindible si se quiere aplicar con éxito el mejor y más fecundo de los métodos educativos, que como tantas otras cosas imperecederas, debemos al portentoso genio de Grecia, y que Sócrates bautizó con el nombre de mayéutica.

El poder de la simpatía, he ahí el gran auxiliar del maestro, quien, en cotidiana comunión mental con sus alumnos, debe saber vibrar con ellos en una misma emoción, y ayudándoles cariñosamente en el "alumbramiento de sus espíritus", debe compartir el puro goce de sus triunfos intelectuales, con aquel férvido entusiasmo, verdadera exaltación del ánimo, que hacía exclamar al filósofo griego, ante la profunda respuesta de su discípulo: "hermoso eres, Teetetes, y no feo, como decía Teodoro; porque quien responde bien es hermoso y bueno".

¡Cuánta diferencia entre el maestro repetidor que se limita a exponer las lecciones tal como las halla en el texto, simple reproducción oral de lo consignado en el libro, que no sirve ni para aclarar las dudas u obscuridades que su lectura y estudio puede ofrecer al estudiante, y que tiene la desventaja de no estar como el texto mismo al alcance del discípulo siempre que lo desea; cuánta diferencia entre esos titulados maestros que ni siquiera pueden reproducir esas lecciones con la fidelidad que lo harían esos aparatos fonográficos que están hoy en boga para el aprendizaje de las lenguas, y el verdadero maestro, que pone en la enseñanza el calor de su entusiasmo, y sabe darle color y relieve haciéndola a un mismo tiempo deleitable y sugestiva!

La exposición metódica de los hechos, el conocimiento del tecnicismo propio de cada ciencia, la erudición en general, estarán siempre y cada vez mejor, al alcance del estudiante: bibliotecas, revistas, conferencias, museos, etc. le facilitarán extraordinariamente su tarea en ese sentido, ahorrándole hasta cierto punto la colaboración directa del maestro, pero lo que será siempre irreemplazable por medios o procedimientos artificiales y uniformes, es aquel entusiasmo comunicativo del profesor que sabe dar a sus lecciones el máximo de potencialidad evocatriz y sugestiva.

Sin esto, que es lo que el maestro puede poner de esencialmente propio y personal en su enseñanza, su función queda singularmente empequeñecida y mediocrizada; falta entonces, lo que estaríamos tentados a llamar la inspiración o el genio socrático. Por nuestra parte, creemos que se nace maestro como se nace poeta.

Hay momentos en que una disposición especial de nuestra sensibilidad y el tono en que está montado, por decirlo así, todo nuestro ser interno, nos coloca en condiciones excepcionalmente favorables para el trabajo mental, una como dinamogénesis de todas nuestras facultades hace más fructuoso que nunca el ejercicio de las más altas funciones intelectuales.

Por una especie de entrenamiento, por una verdadera sugestión, el maestro debe saber promover en sus alumnos esa favorable disposición que se traduce a la vez en el más alto grado posible de receptividad asimilatriz y actividad creadora del espíritu.

Es entonces cuando las adquisiciones intelectuales ofrecen algo así como el carácter de una revelación; parece como

que nuestro espíritu se adelantara a las explicaciones del profesor y no fuese aquél quien habla y expone, sino nosotros mismos que inventamos, descubrimos, construímos espontáneamente el asunto de la lección.

Tales son las lecciones bien enseñadas y que no se olvidan nunca o casi nunca, no tanto en el sentido de grabar en la memoria determinados conocimientos, como por el hecho de contribuir poderosamente a fijar una mejor aptitud o más favorable disposición para el estudio. No es lo más importante el asunto en sí tratado en dichas lecciones, sino la resonancia de aquella actividad mental, que perdura en nuestro espíritu como estímulo y aliciente para el estudio serio y profundo. Principalmente por eso, se recuerdan esas lecciones, muchos años después, con amor y reconocimiento.

Y es que no eran frías y áridas lecciones, de esas que reclaman un modo artificial, o mejor dicho, artificioso, de ejercicio mental, en vista casi siempre de la *preparación* para el examen: eran lecciones interesantes, vivientes, en que se desplegaba, tanto por el maestro como por el alumno, una actividad tan natural como compleja y varia, en la que no se hacía exclusión de ninguno de los elementos psíquicos que pueden concurrir a integrar ese fecundo estado mental en que por una especie de efervescencia intelectual parece que las ideas proliferan y se anastomosan.

Quien carezca de esas naturales disposiciones, si posee los conocimientos pedagógicos indispensables y la cultura general que corresponde, podrá ser un maestro organizador y capaz de trasmitir a sus discípulos el fondo común de conocimientos que ha de servirles como de salvoconducto para penetrar más tarde en los dominios de la alta cultura; pero no logrará dejar en sus espíritus esa huella imborrable que no es propiamente ningún recuerdo concreto y determinado, sino más bien un cierto sesgo habitual del pensamiento, una *tournure de l'esprit,* o mejor todavía, una vaga resonancia afectiva que envuelve y penetra toda nuestra vida mental, como si fuera la nota tónica que al través del tiempo sigue dando el espíritu del maestro para que sirva de norma a la gama de nuestros propios pensamientos.

INDICE

	Pág.
Prólogo	5
La tendencia inmanentista en el pensamiento contemporáneo	7
El renacimiento idealista	17
La estética de la intuición pura	53
Ciencia y filosofía	83
Sobre la cultura filosófica y la lectura de la crítica de la Razón Pura	107
Sobre el lenguaje filosófico	127
El arte como educación filosófica intuitiva	133
La filosofía en la enseñanza	159
Cultura y enseñanza secundaria	177
Preccupaciones reformistas y métodos didácticos	191
La función del enseñante	197
Sobre intimidad entre maestro y discípulo	203

Ensayos

PUBLICACION MENSUAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ATENEO DE MONTEVIDEO

PLAZA CAGANCHA 1157

Director: *Eugenio Petit Muñoz*

Secretario de Redacción: *Alicia Goyena*

Administrador: *Victor Lisanti*

Consejo de redacción:

Juan P. Beltramo
Carlos Benvenuto
Clemente Estable
Carlos A. Etchecopar
Hugo Fernandez Artucio
Celestino Galli
Gustavo Gallinal
Luis E. Gil Salguero
Héctor González Areosa
Antonio M. Grompone
Gervasio Guillot Muñoz
Roberto Ibáñez
Rafael Laguardia
Alfonso Llambías de Azevedo
Lincoln Machado Ribas
Emilio Oribe
Carlos Sabat Ercasty
Emilio Zum Felde

Corresponsales en el exterior:

Buenos Aires:	Francisco Romero
	Angel Vassallo
Sao Paulo:	Gervasio Furest Muñoz
Santiago de Chile:	Humberto Díaz Casanueva
Caracas:	Salvador Fuentes Vega
California:	William Berrien
Paris:	Luis Ollivier
Madrid:	Helios Armando Vasseur

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

(DESDE EL N.o 13 INCLUSIVE)

Número suelto.	$ 0.60
Suscripción mensual	" 0.50
" trimestral	" 1.50
" semestral.	" 3.00
" anual	" 6.00